

El llamado del amor

Gissi Rodríguez



Capítulo 1

PRÓLOGO

El primer domingo de agosto del año 2000, la temperatura era de 22 grados centígrados. El cielo mostraba su azul más intenso, y el sol bañaba la fachada de la casa. Lorenzo, mi hermano mayor, me enseñaba a jugar béisbol en el patio trasero. Él tenía 16 años, yo tan sólo 7.

Lorenzo era un gran lanzador, pero también atrapaba muy bien los batazos. Su entrenador personal afirmaba que sería un excelente jugador para la segunda base. Quería llevarlo a las prácticas de los equipos de las mayores, que tenían sede en el país, para que lo observaran los cazatalentos.

El abuelo nos veía desde cierta distancia, sentando en su vieja mecedora de mimbre.

—Vamos Andrés. Tu puedes muchacho —me animaba cada vez que era mi turno al bate.

El siguiente lanzamiento era decisivo para el juego. Lorenzo se acomodó en el improvisado montículo de tierra y lanzó una curva rápida.

Realicé los movimientos que me habían enseñado y conecté la pelota. El batazo fue una línea en dirección a la tercera base. Mi hermano se estiró lo más que pudo, lanzándose sobre un costado, logrando atrapar la pelota en forma magistral.

—Felicitaciones Lorenzo, acabas de hacer una atrapada digna de las Grandes Ligas. ¡Bien hecho! —dijo el abuelo.

—Lorenzo... Lorenzo —llamé a mi hermano al ver que no respondía. Me acerqué a él y lo vi, inconsciente.

—¿Qué ocurre Andrés?

—Creo que perdió el conocimiento —grité en dirección al abuelo, que se fue de prisa a buscar a mi padre.

Llegaron al cabo de unos minutos, traían el botiquín de primeros auxilios que manteníamos siempre bien equipado para casos de emergencia. Mi padre examinó detenidamente a mi hermano descubriendo que tenía varios hematomas en su espalda, éstos parecían antiguos, no podían haber sido producidos por la caída. Lo tomó en brazos y se lo llevó al Hospital.

El abuelo y yo nos quedamos en casa, preocupados y cansados, esperando que sonara el teléfono, y que mi padre pudiera darnos buenas noticias. La llamada no llegó esa noche, ni al día siguiente. No volvieron a

casa.

—Vístete —ordenó el abuelo— Vamos a ver qué sucede.

Nos subimos al primer taxi que pasó por la avenida. Llegamos al Hospital una hora más tarde. Nos dirigimos a la recepción y vimos a mi padre salir del área de cuidados intensivos, con el rostro marcado por la preocupación.

—Papá —le llamé.

Al vernos se acercó y nos llevó a una habitación vacía. Nos miró muy serio y nos dijo:

—Me temo que no puedo darles buenas noticias. Los exámenes de sangre que le practicaron a Lorenzo muestran que está gravemente enfermo.

Esas palabras resonaron en mi cabeza como el anuncio de una tragedia, no sabía de qué enfermedad se trataba, pero me pareció que sería algo terrible. Y no me equivocaba.

PRIMERA PARTE

Un chico que ama las carreras

Capítulo 1

A primera vista

"Los libros y las palabras no sólo empezaron a tener algún significado, sino que lo significaban todo" Markus Zusak. «La ladrona de libros»

La primera vez que la vi, estaba sentada en el centro de una amplia fila de sillas dispuestas horizontalmente en la enorme y desierta sala de espera del piso 4. El color de las paredes era blanco marfil, y en ellas destacaba un cuadro, pintado al óleo, de Florence Nightingale —la pionera de la enfermería profesional moderna—. También había un par de carteleras informativas que contenían todo tipo de notas de salud, prevención de enfermedades, invitaciones a cursos y seminarios; una que otra receta para una alimentación más saludable, y un cartel de "No Fumar" colgado de forma visible cerca de la entrada.

La joven estaba absorta en la lectura de un libro, cuyo título no alcanzaba a distinguir desde donde me encontraba. Supongo que el libro era muy interesante, porque en todo el rato que llevaba observándola no había despegado los ojos de sus páginas. Por momentos sonreía y otras veces ponía una expresión un poco triste.

Desde hacía mucho tiempo iba a esa habitación en medio de la noche, nunca había encontrado a nadie allí, por lo que me preguntaba quién sería

aquella chica que había invadido mi lugar favorito. Me acerqué con sigilo intentando no hacer ningún ruido, lo que era toda una hazaña si tomamos en cuenta que tenía que desplazarme a todos lados en silla de ruedas, debido a una parálisis que me impedía caminar. Mi padre me había diseñado una silla totalmente equipada y personalizada, una "súper deportiva", fabricada con materiales especiales que me permitían alcanzar velocidades asombrosas, lo que me encantaba. Aunque tenía control remoto, la manejaba manualmente para ejercitar la parte superior de mi cuerpo.

Me acerqué un poco a la chica del libro, sin que notara mi presencia. «Parece tener 20 años», dije para mí mientras la observaba en silencio. Luego de estar media hora observándola en silencio, decidí marcharme. Al dirigirme a la puerta, escuché que la chica cerraba el libro de golpe, di media vuelta y la descubrí mirándome fijamente. Me estremecí de pies a cabeza ante la intensidad de su mirada. Sus ojos eran de dos colores distintos, uno marrón y el otro azul. Quedé profundamente impactado, preguntándome si tal vez usaba lentes de contacto y se le habría olvidado colocarse uno de los dos.

Pero eso no era lo único extraño en ella, a lo largo de su cabello negro destacaban unos cuantos mechones azules, dorados y rosas, que se escurrían rebeldes por debajo de una bufanda tejida a mano. Ya antes había visto muchas chicas atractivas, pero ninguna tan llamativa como esta. En su brazo izquierdo tenía un tatuaje que representaba al menos una docena de aves volando. También usaba un piercing sobre la ceja derecha, lo que no creo que estuviera permitido.

Dudé por un instante si seguir sosteniendo su mirada o retirarme. Opté por la segunda opción. Una vez en el pasillo, tropecé con una de mis enfermeras favoritas, una joven inteligente, a la que le encantaba hacer sus rondas, de habitación en habitación, llevando unos grandes audífonos y cantando en voz baja canciones en inglés. Debido a eso me gustaba llamarla "Señorita Miami". Lo más interesante era que casi siempre se movía en patineta. Supongo que tenía un gran talento para usar ese medio de transporte, porque nunca vi que se le cayeran las inyectadoras o los medicamentos que llevaba en la bandeja.

A mi padre me insistía que en todo el hospital no había ninguna posibilidad de que las enfermeras se desplazaran en patineta o patines por los pasillos. Me repetía incansablemente que no todas las personas compartían mi pasión por la velocidad, y me pedía que dejara de adjudicarle poderes sobrehumanos a la enfermera Clara (ese era su verdadero nombre).

Siempre he sentido admiración por las enfermeras, creo que son uno de los pilares fundamentales de los centros de salud. Su labor está vinculada al respeto, a la dignidad y al amor. Eso las hace imprescindibles,

especialmente en un hospital oncológico como éste, único anticanceroso en toda la ciudad.

Mientras desayunaba, me descubrí pensando nuevamente en la chica del libro. Aunque sólo habíamos cruzado la mirada por un momento, la expresión de sus ojos se me había quedado grabada en la memoria, y podía sentir su atención fija en mí.

Capítulo 2

Capítulo 2

"Racer Boy"

"Mi objetivo es frenar, siempre, justo después de las marcas dejadas por los otros pilotos" Michael Schumacher

Muy temprano en la mañana, me dirigí nuevamente a la sala de espera del piso 4 con la esperanza de que la "chica arcoiris" ya no estuviera allí. Al llegar, abrí sigilosamente la puerta corrediza, y para mi alivio la habitación estaba vacía. Los pacientes citados para las consultas aún no habían llegado.

Me las arreglé para acercarme hasta la ventana y observar, a través del cristal, la forma romántica como el sol bañaba las calles con su resplandor de oro. Me entretuve por un momento mirando la entrada del pequeño edificio anexo, en el que se hallaban la Sala de Conferencias, el Auditorio, el Archivo principal y las instalaciones educativas en las que se impartían cursos de Enfermería y Gerencia Hospitalaria.

Más al sur, divisé la autopista y la multitud de automóviles que la cruzaban a gran velocidad. Me imaginé manejando alguno de aquellos coches modernos. Me preguntaba cómo sería estar frente al volante y poder viajar de un lugar a otro.

Regresando de mi ensoñación, pensé que sería buena idea ventilar la sala, que tenía un aroma similar al que dejan las velas al apagarse, un olor que atribuí a la chica del libro. Me las arreglé para abrir la ventana. Luego inspeccioné el lugar con la mirada sin encontrar otras "huellas" que hubiera dejado la intrusa. Por un momento, evoqué el instante en el que nuestras miradas se habían encontrado, y sentí un repentino escalofrío que me recorrió la espalda. Había algo desconcertante en ella, algo intrigante. Me di cuenta de que en el fondo esperaba que hubiera regresado, quería presentarme y tal vez charlar un rato, descubrir cuál era su historia. Incluso estuve pensando qué le diría si la veía de nuevo.

A las 8:00 de la mañana ya me encontraba de camino al área de Rehabilitación. La jefa del servicio era una fisioterapeuta asiática de mediana edad llamada Mei Ling, cuya familia había emigrado de China en la década de los 80.

La secretaria del departamento, una joven de cabello largo y ojos de color azul cielo, ya se encontraba en el mostrador de la recepción. Al verme llegar, me saludó con su simpatía habitual y la sonrisa de oreja a oreja

que tanto me gustaba.

—Hola Racer Boy, ¿cómo has estado?

“Racer Boy”, así me llamaban por mi amor hacia las carreras de autos. Por ese entonces, creía que la fórmula 1 era un deporte más importante que el béisbol o el fútbol. Durante mucho tiempo lamenté la muerte del actor Paul Walker, protagonista de Rápido y Furioso, una de mis películas favoritas; y también el accidente sufrido por el campeón mundial Michael Schumacher. No pasaba un día sin que buscara en la red información sobre su estado de salud.

Mi pasión por las carreras comenzó el día que cumplí 8 años. Mi padre me llevó a una pista en la que conocí a un automovilista que se preparaba para realizar su entrenamiento. El joven piloto me invitó a dar una vuelta con él en su superdeportivo. No puedo describir la emoción que sentí al subir al auto. Disfruté cada momento, embriagándome con el sonido del motor y la forma en la que cada vez ganábamos más velocidad.

Desde entonces la mecánica se convirtió en una obsesión para mí. Devoraba todos los libros que podía encontrar sobre el tema: sistema de frenos, suspensión hidráulica, tren delantero, latonería y pintura, cambio de bujías, aceite y filtros. Llené las paredes de mi habitación con docenas de afiches de automóviles que solían venir encartados en algunas revistas especializadas de la época. Mis pósters favoritos eran los de Volkswagen, Jeep y Toyota.

También me gustaba visitar el taller de mi abuelo. Verlo trabajar y ayudarlo con las herramientas era todo un placer. El abuelo era un hombre de carácter afable y modales refinados. Su piel, curtida por el sol, mostraba los signos de un hombre que ha trabajado muy duro durante toda su vida. Lo apodaban "el mago", porque siempre se las arreglaba para conseguir la pieza exacta que le pedían los clientes. Su taller estaba lleno de una amplia gama de repuestos: motores, radiadores, carburadores, parabrisas, con los que reparaba todo tipo de automóviles, desde camiones hasta motocicletas.

Muy raras veces cerraba el taller, pero los días feriados, se quedaba en casa, y entonces nos sentábamos un par de horas a conversar. Se bebía varias tazas de café, mientras me contaba todo lo que sabía sobre la Formula 1 y los pilotos más destacados, entre los que invariablemente mencionaba a sus favoritos: Niki Lauda y Ayrton Senna.

Recuerdo que el primer día que vine a casa en silla de ruedas, el abuelo me llevó al garaje de su taller. Era un lugar al que no permitía entrar a nadie, y en el que se encerraba durante varias horas todos los fines de semana, sobre todo las tardes de los domingos. Lo primero que noté al entrar fue un coche cubierto con una lona gris, ubicado en el centro del

amplio local.

—No te preocupes muchacho, ya verás que un día volverás a caminar; te casarás, y saldrás de la iglesia para llevarte a tu esposa en este auto —dijo, procediendo a descubrirlo a continuación. Era un Porsche 959, el auto de carreras rival del Ferrari F40 de los años 80.

—Se lo compré a un piloto alemán que lo chocó durante una carrera en Malasia. Lo arreglaremos juntos. Haremos que quede como nuevo.

En una destartalada cartelera, colgada en una de las paredes, pude leer algunos datos que el abuelo había escrito con tiza blanca:

Fabricante: Porsche.

Estado: Chocado.

Vendedor: Arthur Humboldt.

Comprador: "El Mago" Villanueva.

Futuro dueño: Andrés "Racer" Villanueva.

Desde entonces el abuelo y yo dedicamos parte de nuestro tiempo libre en arreglarlo. Al cabo de dos años estuvo listo. Lo cubrimos con la lona y lo dejamos allí, esperándome, por si algún día volvía a caminar.

Mi padre nunca conoció el secreto del garaje. Se pasaba todo el tiempo en el hospital, dirigiéndolo. Su carácter pragmático lo había heredado del abuelo, pero en todo lo demás eran polos opuestos. Desde la muerte de mi hermano mayor, debido a un linfoma, se consagró en cuerpo y alma al hospital, obsesionado con la idea de encontrar una cura contra el cáncer. Dedicaba la mitad de sus ingresos a patrocinar los proyectos de investigación más prometedores de la época.

Cuando quedé parálítico, íbamos juntos al hospital todos los días. Con ayuda del abuelo adaptamos una antigua Minivan, para poder subir con comodidad la silla de ruedas a través de una rampa portátil. En el lateral izquierdo habíamos rotulado "Lorenzo", como forma de homenaje a mi hermano mayor.

Cuando llegábamos al hospital, mi padre se dirigía a la Dirección, que quedaba en el primer piso, mientras yo iba al área de terapia. Diariamente debía franquear el pequeño jardín que daba acceso a las puertas de entrada —en las que los Guardias de Seguridad inspeccionaban el ingreso de los pacientes y familiares, dirigiéndolos a la recepción—. Luego atravesaba la planta baja, que siempre bullía en actividad a esa hora de la mañana. Dejaba atrás la Central de Citas, Banco de Sangre, Cafetín,

Farmacia, Laboratorios, oficinas de Trabajo Social y Administración, para llegar al ascensor y subir, dejando atrás los primeros pisos, destinados a las consultas y hospitalización de cada especialidad, hasta que finalmente llegaba a mi destino: el piso 5.

Con frecuencia la gente me preguntaba qué hacía en un hospital oncológico si no tenía cáncer, y entonces les respondía con la verdad: "mi padre es el Director; además contamos con un excelente personal de Fisioterapia. He pasado tanto tiempo aquí que ya es como mi segunda casa".

Capítulo 3

Capítulo 3

Quimioterapia

"La enormidad de la pérdida se percibe después, cuando uno ve salir el sol y se da cuenta de que ni ese día ni los que le restan de vida volverá a tener a su lado al ser al que amó". Neil Simon. «Rewrites: A Memoir»

Al mediodía, no aguanté más la curiosidad y me convertí en detective. Mi misión consistía en averiguar quién era la chica del libro y la razón por la que estaba hospitalizada. Me dirigí al área de Enfermería, llevando conmigo una bandeja llena de galletas de mantequilla que había comprado en la cafetería. Sabía que las enfermeras estarían almorzando, así que las acompañé durante un rato con la intención de interrogarlas entre bocado y bocado. Al final logré mi cometido, descubrí que la joven se llamaba Susana y que tenía Leucemia.

El tener un hermano que había muerto debido a un linfoma, y haber pasado parte de mi infancia y adolescencia asistiendo, casi a diario, a un hospital oncológico, me habían dado una buena idea de lo que era el "Cáncer". Sin embargo, quería saber más, así que al caer la tarde, me encontraba en la biblioteca del área de hematología, buscando todos los libros que hablaban sobre el tema.

Los textos explican que la Leucemia es un cáncer hematológico, es decir "cáncer en la sangre". Es una enfermedad silenciosa, en la que no hay síntomas que permitan realizar un diagnóstico a simple vista. Se produce cuando ciertas células que se vuelven cancerosas, se infiltran en la médula ósea e impiden la producción de las restantes células normales del organismo. El pronóstico dependerá del tipo de leucemia, la edad y otras circunstancias personales del paciente.

Cerré los libros y me fui directo al mostrador para tomarlos prestados. De camino a mi habitación, me encontré con la enfermera Clara.

—Oye Clara, hueles a Tutti Frutti —le dije en tono de broma.

—Ya te lo he explicado antes... es culpa del enjuague que uso para lavar el uniforme. A los niños de pediatría les encanta, dicen que es genial tener una enfermera que huele a chicle —replicó Clara con una amplia sonrisa.

Mientras hablábamos me quedé mirando, con detenimiento, la primera de las historias médicas que Clara llevaba entre sus brazos, en la carpeta se

leía con claridad: Susana Fernández.

—Esa chica es un ángel —dijo Clara al notar mi curiosidad.

Le pregunté cuál era el tratamiento que le estaban suministrando.

—Quimioterapia —respondió con pesar en la voz.

Me estremecí al escuchar esa palabra. Los efectos secundarios que recordaba haber visto en mi hermano y en tantos otros pacientes del hospital eran terribles.

—Cada paciente reacciona de forma diferente —dijo Clara adivinando mis pensamientos—. Varía de acuerdo a los medicamentos, la dosis, y el tiempo durante el cual los tomen. No te preocupes, Susana es fuerte y no le va tan mal.

—Recuerdo haber visto a mi hermano Lorenzo sufrir demasiado —le dije con tristeza—. Se le cayó el cabello, perdió el apetito, tenía úlceras en la boca, náuseas, vómitos, trastornos digestivos, diarrea, y hasta estreñimiento. Además, soportaba frecuentes cambios de humor. El tratamiento le causaba inquietud, tristeza, desesperanza... lo que es comprensible. A veces un simple examen de sangre puede convertirse en algo estresante.

—Lo siento mucho —dijo Clara—. A pesar de todo, la "quimio" sigue siendo uno de los tratamientos más utilizados en la lucha contra el cáncer.

A nuestra conversación se unió el Dr. Dylan McGregor, un joven especialista, que iba de camino al laboratorio de Hematología.

—Llegas a tiempo Dylan, justo hablábamos sobre quimioterapia, tu mayor especialidad —dijo Clara.

—Es un tratamiento muy complejo. Procuramos darles a los pacientes la combinación perfecta de medicamentos que nos permita destruir las células cancerígenas que se dividen rápido en su organismo, pero no es tan fácil. Hay muchas otras células en el cuerpo que se dividen rápido y en consecuencia también se ven afectadas. Eso es lo que ocasiona los llamados "efectos secundarios" —dijo casi sin detenerse a respirar—. También se pueden ver afectadas las células normales de la médula ósea, y cuando eso ocurre se produce un aumento en el riesgo de infecciones, cansancio, y facilidad para que se formen moretones en la piel o surjan hemorragias. Por eso en muchas películas podemos ver pacientes leucémicos a los que les sangra la nariz o sienten náuseas.

—Es por ello que la administramos en ciclos —complementó Clara—. Después de cada tratamiento, les damos un período de descanso para que su cuerpo se recupere. Es lo que yo llamaría "darles un respiro".

Llegamos a la puerta de mi habitación y el Dr. Dylan se despidió con un rápido movimiento de cabeza. Se dirigió al vestíbulo para tomar el ascensor y subir al área quirúrgica ubicada 2 pisos más arriba. Clara continuó su camino rumbo al Laboratorio. Yo me quedé reflexionando un poco, buscando más información en el móvil.

Esa noche no pude dormir bien. Soñé con Lorenzo y algunas escenas del pasado: nuestros paseos en bicicleta, las noches de navidad, los juegos de baloncesto y béisbol. Eso era lo único que me quedaba de él: recuerdos fragmentados. Odiaba cada vez que hablaban de él, de cosas que dijo o hizo, cosas que yo ya no podía recordar.

Capítulo 4

Capítulo 4 Primeros encuentros

"El silencio es sagrado; tiene la capacidad de unir a la gente, porque solo aquellos que se sienten cómodos en compañía de otro pueden estar juntos sin hablar" Nicholas Sparks, «El diario de Noah»

A la mañana siguiente asistí nuevamente a mis terapias de rehabilitación. Los especialistas nos aseguraban que si ponía de mi parte volvería a caminar. De eso estaba especialmente convencida la Dra. Mei Ling. Siempre les pedía a las enfermeras que me ayudaran a mover y ejercitar los músculos. Subir las piernas, bajar las piernas, izquierda, derecha, doblar las rodillas, intentar ponerme de pie, una y otra vez. Parecía que nunca se cansaban, pero aún así no lograban contagiarme su entusiasmo por el tratamiento.

Mientras hacía la rutina, recordé el terrible día de mi infancia en el que mi vida había cambiado por completo. Me vi tirado de espaldas en el suelo de la escuela, con sangre en la boca y la nariz; esos chicos que se creían más fuertes y se dedicaban a hacerle la vida imposible a los demás, me habían dado una buena paliza. El más grande de la banda era "Brutus", ese no era su verdadero nombre, por supuesto, pero así lo llamaba yo. Tenía su pie izquierdo sobre mi espalda, y se le ocurrió la brillante idea de practicar conmigo una nueva patada que había visto en la televisión. El resultado fue un daño severo en mi columna vertebral, lo que me produjo una parálisis permanente.

Ese breve incidente marcó un antes y un después en mi vida. Lo que comenzó como un juego de niños terminó convirtiéndose en la pesadilla que me ha acompañado por más de 12 años. No poder caminar, correr, salir a divertirme, ni hacer nada como un chico normal fue muy doloroso al principio, pero con el tiempo y la ayuda de mi padre y mi abuelo fui atravesando ese giro cruel del destino con la mayor fortaleza posible.

«¡No te des por vencido!» Esa era la frase favorita con la que solía animarme el abuelo. La repetía oportunamente en los días más duros de mi nueva vida. Esas palabras me ayudaron a avanzar en los momentos en los que creía que mi vida no tenía sentido.

Regresé de mi ensoñación justo cuando la fisioterapeuta decía:
—Es todo por hoy. Bien hecho Andrés. Nos vemos mañana.

Un par de enfermeras me ayudaron a subir a la silla de ruedas, y como tenía hambre, hice planes para ir directo a la cafetería. Una vez en el

pasillo, una chica se paró justo frente a mí con los brazos extendidos cerrándome el paso. Era Susana, la chica arcoiris.

—Hola, "Racer Boy", he escuchado mucho sobre ti —dijo con una amplia sonrisa en sus labios rosados sin maquillaje—. Es un hospital pequeño, ¿sabes? No hay lugar para secretos, especialmente si las enfermeras están enamoradas de ti.

«¿Había escuchado sobre mí?» Esa confesión me agradó.

—Eh... hola Susana —logré balbucir al cabo de unos segundos de aturdimiento—. Yo también he escuchado sobre ti.

—Puedes llamarme Susy, si gustas. Te he visto miles de veces pasando por aquí en tu silla de ruedas. Por lo general vas solo, con esa expresión tan melancólica en tu rostro —comentó—. ¿Nunca sonríes?

Me avergoncé al reconocer que tenía razón, no recordaba la última vez que había sonreído, la mayoría de las personas decían que mi semblante era triste. En lugar de responder a su pregunta, la detallé descaradamente, mirándola de arriba a abajo. Llevaba una bonita gorra de béisbol de color beige, que usaba de medio lado. Tenía el cabello suelto, de color azul. La bata del hospital le quedaba un poco grande, lo que la hacía ver aún más frágil. En el brazo del tatuaje llevaba al menos una docena de pulseras. Y sus ojos... sus ojos seguían siendo de dos colores.

—¿A dónde vas? Te acompañaré, así podremos seguir conversando —dijo de pronto sin dar señales de estar molesta por mi "exploración visual".

—A la cafetería —dije sin pensarlo dos veces. Y nos pusimos en marcha.

—¿Qué edad tienes? —preguntó cuando llegamos y tomamos asiento.

—22 —balbuceé, sin atreverme a preguntarle su edad.

Ella sólo podía comer los alimentos que le servían en su habitación, así que no le quedó más opción que mirar mientras yo disfrutaba mi almuerzo. Pedí una pizza mediana y dos vasos de jugo de manzana, mi sabor favorito. Ser observado por una chica tan extravagante, me producía una sensación extraña. Estaba acostumbrado a comer solo, pero su compañía no me molestó, al contrario, mis ganas de saber más sobre ella aumentaban con cada minuto que pasábamos juntos.

—¿No comes con tu familia? —preguntó.

—Por lo general almuerzo con mi padre en su oficina, pero cuando está en reuniones o de guardia, debo comer aquí. Los días que está desocupado nos subimos a la vieja camioneta y nos vamos a comer a casa, pero eso no ocurre muy a menudo —le contesté.

—¿No extrañas tu casa?

—Estoy acostumbrado a estar aquí —le respondí— Aunque siento que debería pasar más tiempo con el abuelo. Él nunca viene, odia los hospitales.

—¿Cómo es tu casa?

—Eh... es una construcción colonial de dos plantas. Tenemos un pequeño jardín delantero, que es cuidado por nuestro vecino. En mi habitación, como podrás imaginar, tengo muchos afiches y montones de libros. También hay un patio trasero y un estacionamiento, además un anexo en donde funciona el taller del abuelo.

—Eres muy afortunado. Yo no tengo casa —dijo bajando la voz para que no la escucharan las personas sentadas en las mesas cercanas a la nuestra—. Solíamos vivir en un bonito apartamento en el centro de la ciudad, pero cuando mi tía enfermó, mi madre dejó su trabajo para dedicarse a cuidarla; y luego, cuando yo enfermé, mi padre perdió su empleo, así que tuvimos que venderlo. Nos mudamos a la casa de una amiga de mi madre. Vamos allí cada vez que me dan de alta en el hospital. Mi madre cuida a sus hijos y la ayuda con las tareas del hogar. Mi padre ha conseguido un nuevo empleo, pero aún no tiene suficiente dinero para comprar una casa. Lo que más extraño de nuestro antiguo hogar es el comedor. Era un lugar muy acogedor, pintado con colores cálidos. Todos los muebles eran de madera: la mesa, las sillas, el techo, el suelo, el bar, incluso la mayoría de los platos y cubiertos. Era hermoso.

—Siento que no puedas volver allí.

—No pasa nada, me he ido adaptando a las nuevas circunstancias. Adaptación, esa es una capacidad que a todos nos toca adquirir en algún momento de la vida. Siempre me acompañará el recuerdo y la nostalgia por el lugar en el que crecí, de eso no hay duda, pero entiendo que mis padres hicieron lo mejor que pudieron dadas las circunstancias.

Mientras la escuchaba intentaba concentrarme en la comida. No era tarea fácil, su voz y su presencia absorbían toda mi atención. Aspiraba que nuestro encuentro se prolongara un poco más, pero no quería que se diera cuenta, así que terminé acabando la pizza y pedí un café.

Las siguientes semanas nos vimos con frecuencia: en el ascensor, en los pasillos, de camino al laboratorio. Intentaba pasar por su habitación sólo para saludarla de lejos. En las noches iba a la sala de espera y allí la encontraba, leyendo. Yo sacaba el móvil y fingía estar revisando mis redes sociales. No hablábamos, tan sólo nos hacíamos compañía. El silencio era una especie de amigo invisible entre nosotros, algo que nos gustaba y en cierta forma nos unía.

Cada vez que me sentía triste o pensativo, manejaba la silla de ruedas y me metía en el ascensor, entonces marcaba el último botón y subía directo a la azotea del hospital, situada en la octava planta. La terraza era una amplia zona al aire libre, en la que bien podría aterrizar un helicóptero en caso de emergencia.

El sábado en la noche subí llevando conmigo una humeante taza de capuchino, que me había traído una de las estudiantes de medicina, que hacían pasantía en Oncología Médica. Cuando estuve cómodamente instalado en la terraza vi, a través del humo de mi taza de café, una silueta delgada que se acercaba con dificultad hacia mí. Tenía una vía

intravenosa en el antebrazo derecho: una sonda lista para llevar medicamentos directo a sus venas.

—¡Hola Susana! —la saludé.

—Hoy hace un año desde el diagnóstico —dijo de pronto, sentándose a mi lado—. Lo recuerdo como si fuera ayer. El doctor Dylan tenía el rostro muy serio cuando se sentó frente a nosotros aquel día y nos dijo. “Me temo que se trata de Leucemia. Los resultados de las pruebas sanguíneas muestran un conteo de plaquetas mayor de lo normal. Tendremos que hacer pruebas de médula ósea, y una biopsia para confirmar el diagnóstico y determinar qué tipo de leucemia es”.

Susana hizo una breve pausa antes de continuar:

—Al momento de recibir la noticia el mundo se descompone, ¿sabes? Tensión, miedo, enojo, frustración, son sólo algunos de los sentimientos que se mezclan en tu interior para confundirte. A veces siento impotencia e inseguridad. Añoro ser saludable de nuevo y llevar una vida normal, hacer planes para el futuro. Me enfermé a los 19 años, y eso produjo serios cambios en mi vida cotidiana y en mi visión del mundo. Recuerdo que lo primero que dijo mi madre cuando nos dieron la noticia fue: ¡Oh Dios mío! ¡No otra vez! Ya habíamos pasado por esto antes. Cuando mi tía murió —debido a un tumor en el pulmón derecho que luego se le extendió a otros órganos en un proceso llamado: metástasis—, la experiencia fue devastadora.

—Parece que todos hemos perdido a alguien debido al cáncer —pensé en voz alta, sin disimular mi amargura.

—Es lamentable —comentó Susana—. Yo era muy pequeña como para entender lo que ocurría a mí alrededor. Recuerdo haber visto a mi madre llorar, las innumerables visitas a este mismo hospital, algunas peleas. Creo que mi madre aún no se ha recuperado del todo, es por eso que le prometí que haría todo lo posible por curarme. Que pensaría lo menos posible en la enfermedad, y más en lo que pueda hacer y lograr.

Al cabo de un momento, continuó:

—No quiero andar por allí con una actitud de resignación, no quiero hacer el tipo de cosas que se espera que los pacientes hagamos como escribir un diario, o hacer listas sobre “lo que me gustaría hacer antes de morir”. Al contrario, estoy intentando ser alegre, optimista, diferente... es mi forma de enfrentar esta enfermedad. Pensé que tal vez mis padres se opondrían a tantos cambios en mi aspecto, a los tatuajes, a la ropa llamativa, pero no fue así, al contrario me han animado; al ser yo misma y hacer lo que me gusta, me siento mejor. He aprendido que tener cáncer no significa que deba dejar de quererme y de cuidarme. No significa que deba abandonarme, ni abandonar por completo mis sueños. No dejaré que el cáncer me gane fácilmente, ya lo verás. Al contrario es cuando más debo luchar, cuando más debo amar. Voy a luchar hasta el final, y

amaré... mientras respire.

Se produjo un silencio incómodo entre nosotros. No sabía qué decir, no conseguía las palabras adecuadas, así que simplemente tomé su mano derecha. Susana entrelazó sus dedos con los míos. Al cabo de un par de minutos dijo:

—Ahora es tu turno, cuéntame por qué usas esa silla de ruedas.

—Eh, todo empezó por culpa de Bobby, mi perro —le expliqué mientras buscaba en el móvil un par de fotografías y se las enseñaba.

—¡Un labrador! ¡Es hermoso!

—Mi hermano mayor había muerto pocos meses antes, y yo me había vuelto un chico rebelde. Cuando vi a la pandilla de la escuela molestando al cachorro, tomé un par de piedras y se las lancé con todas mis fuerzas. No logré golpear a ninguno, pero al menos dejaron en paz al perro. Lo malo es que empezaron a perseguirme a mí; por suerte logré escapar. Al día siguiente encontré al cachorro entre unos arbustos y lo llevé a casa. Desde entonces está conmigo.

—¿Y qué pasó con la pandilla?

—Me tomaron como su saco de boxeo. No me dejaron en paz ni un sólo día —le contesté—. Me golpearon e insultaron hasta el cansancio... hasta ese día en que se excedieron y entonces... Una vez que eres su blanco ya no te sueltan fácilmente.

Vi en el reloj que ya era la 1:00 AM, le sugerí que era hora de irnos.

—Quedémonos un poco más —pidió al tiempo que miraba el cielo—. Tenía mucho tiempo sin ver las estrellas. Son hermosas, ¿no lo crees?

—Es cierto —contesté acercándome un poco, al tiempo que veía en sus ojos, el reflejo de todas las constelaciones que alumbraban el firmamento esa noche.

Capítulo 5

Capítulo 5 Tinta Natural

"Es muy simple: sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos" Antoine de Saint-Exupery. «El principito»

A la hora de visitas, vi llegar a un joven algo extraño, una rara mezcla entre rockero punk y "Elfo", de esos que salen en "El Señor de los Anillos", la fantasía épica del escritor británico Tolkien. Llevaba unos jeans un poco descoloridos y un maletín de color marrón. El chico le preguntó algo a la secretaria de la recepción y se dirigió a la habitación de Susana.

«¿Y ese quién rayos es?», pregunté para mí mismo en voz alta, algo irritado.

—Es su novio. Se llama James —contestó la enfermera Clara que se había colocado a mi lado en forma tan sigilosa que no la había sentido llegar—. Es un artista, su especialidad es el "Body Painting" —pintura corporal— las tintas que usa son de origen vegetal y mineral; carbones, cenizas, jugos y semillas de frutas, que él mismo prepara. Los tatuajes de Susana son obra suya. Se borran en pocos días, por eso viene con frecuencia a retocarlos. Una vez le dibujó un hermoso dragón en el cuello que fue la envidia de todas las enfermeras.

—¿Su novio? —pregunté atónito. Esa palabra me había caído como un yunque en el estómago.

—En realidad... no, pero a todos les hace creer que sí. Es su mejor amigo —explicó Clara—. Todo empezó por culpa del libro: "Un paseo para recordar" del escritor americano Nicholas Sparks. Susana lo leyó y se identificó con la historia, la protagonista, Jaime Sullivan, también tiene Leucemia. Un día le dijo a James que si llegaba a ponerse muy enferma le gustaría casarse como lo hizo Jaime. Entonces, James le prometió que él sería su Landon, y que la llevaría al altar. Todavía quedan amigos verdaderos en el mundo. Dios permita que Susana se recupere y encuentre a su verdadero Romeo y no tenga que casarse con su amigo. De todas formas James se irá pronto, hay un congreso de arte o algo parecido en Francia. Creo que ha venido a despedirse.

Lo seguí con la mirada hasta que entró en la habitación de Susana, en la que yo nunca había estado, y sentí un poco de celos. En ese momento me hubiera gustado ser yo su mejor amigo, alguien con quien ella pudiera conversar y tener buenos recuerdos.

Esa noche de camino a la sala de espera, distinguí la silueta de un paciente que avanzaba a pocos metros delante de mí. Lo seguí hasta que se detuvo frente al ascensor. No era común encontrar personas merodeando por el hospital a esa hora de la noche. Las puertas del ascensor se abrieron y el joven entró. Cuando se giró, pude ver que sus ojos eran grises y fríos como metal. Su mirada, clavada en el techo, se

mantenía imperturbable. Su cabello era negro y liso; y su piel estaba exageradamente pálida. Tragué saliva despacio y retrocedí un par de metros, sacando el móvil para llamar a seguridad en caso de ser necesario.

Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse, y antes de perderse de vista el chico fijó su penetrante mirada en mí, dedicándome una sonrisa siniestra. Me alejé lo más rápido que pude en sentido contrario, y utilicé los ascensores del personal para refugiarme en mi habitación.

Olvidé el asunto por una semana. Pero el siguiente lunes mientras hablaba con Clara en la recepción del hospital, advertí que el chico nos observaba desde cierta distancia.

—Oye, ¿conoces a ese paciente? —le pregunté a Clara.

—No, jamás lo había visto —contestó—. Tal vez sea del segundo piso. Las rondas de esa planta le corresponden a la enfermera Elizabeth.

—Lo vi merodeando a media noche por el piso 4.

—¿Por Hematología? No creerás que es un vampiro, ¿cierto?

—No te burles. Me da muy mala espina, mejor tratemos de averiguar quién es —sugerí.

El chico se dio cuenta que lo observábamos y salió corriendo. En el camino tropezó con un par de estudiantes de medicina provocando que se les cayeran los libros que traían en los brazos. No se disculpó y continuó franqueando muy rápido el resto de la planta baja hasta perderse de vista a través de una entrada que decía "Anexo 2".

Nunca había entrado en esa sección, así que le pregunté a Clara que había tras esas grandes puertas metálicas. Clara me miró con preocupación un par de segundos antes de responder:

—Es el departamento de Psiquiatría.

En un par de minutos me encontraba en la oficina de mi padre notificándole lo que había visto, esperando que redoblara la seguridad. Aunque desestimó mi sugerencia prometió que colocaría un par de guardias extras por la noche. Intentó tranquilizarme diciendo que a todos los pacientes de Psiquiatría les habían realizado estudios psicológicos y que se había descartado que tuvieran tendencias violentas. Traté de olvidar el tema, pero sentía una espina de desconfianza que me mantuvo intranquilo por varios días.

Empecé a verlo subir y bajar desde el segundo piso, en el que se atendían a los pacientes con tumores cerebrales, al área de psiquiatría. Las enfermeras le curaban cortes que inexplicablemente aparecían en su piel, pero lo más inquietante era su mirada, a veces desafiante y a veces tímida, como si tuviera una doble personalidad oculta bajo su pálido rostro. Las enfermeras atribuían los cortes y moretones a descuidos del

chico, pero yo presentía que había algo más.

A la mañana siguiente, me armé de valor y fui hasta la habitación de Susana. La puerta estaba medio abierta, así que entré con cautela sin llamar. Al ingresar sentí el fuerte olor a alcohol isopropílico, agua oxigenada y desinfectante que suele merodear a su antojo en las estancias hospitalarias. Miré hacia la cama y mis ojos la hallaron. Estaba dormida.

Di una vuelta alrededor de la habitación prestando atención a todos los detalles. Encontré el libro que estaba leyendo el día que la vi por primera vez, lo tomé entre mis manos y leí el título: "Love Story" de Erich Segal. Lo dejé nuevamente en la mesita y me acerqué a la cama. Al verla me asombré: su cabello era muy corto, lo tenía al ras, al estilo militar. Su piel lucía muy pálida y no tenía tatuajes en los brazos, ni piercings en el rostro. Llevaba al cuello una cadena con una medalla de la Virgen de Fátima. Se veía preciosa, sumida en un resplandor angelical.

De pronto, abrió los ojos y pude observar su verdadero color: ámbar. No se sobresaltó al verme en su habitación, al contrario parecía que me hubiera estado esperando. Me saludó con una ligera y frágil sonrisa. Sólo logré balbucir unas pocas palabras:

—Eh... Hola.

—Hola Racer Boy, ¿no deberías traer flores?

—Eh... Tienes razón, disculpa. La próxima vez yo...

—No te preocupes, sólo bromeo. Gracias por venir a visitarme —dijo—
Debe ser extraño verme así al natural, ¿cierto?

Tuve que admitir que me había causado una gran impresión. Me señaló una caja debajo de su cama en la que guardaba las pelucas de colores que usaba con frecuencia.

—Las hizo mi madre —explicó—. A ella le gustaba mucho arreglarme el cabello cuando era niña, siempre se enorgullecía de los peinados y trenzas que me hacía para ir a la escuela. Cuando se me empezó a caer el cabello, debido a la primera quimioterapia que recibí, no dijo ni una sola palabra al respecto. En lugar de hacer un drama tomó unas tijeras, cortó su larga melena, y me hizo mi primera peluca. De eso hace ya casi un año.

Después de decir eso Susana cerró los ojos y se quedó dormida. En ese instante, vino a mi memoria la frase de un libro que había leído hace poco: "Sadako y las mil grullas de papel":

"Toda la familia se encontraba en el hospital... Sadako podía oír el murmullo de sus voces. De pronto, oyó a su madre gritar: "¡Leucemia! ¡Pero no es posible!". Al escuchar tan terrible palabra, Sadako se tapó los oídos con las manos. No quería oír nada más. Por supuesto que ella no tenía leucemia. ¿Cómo iba a tenerla?"

Yo pensaba igual que la madre de Sadako: «¿Cómo una chica tan genial puede tener una enfermedad tan terrible?», me preguntaba, aunque sabía muy bien que no encontraría la respuesta. Entonces, me descubrí diciendo, en voz baja, una oración por ella.

Capítulo 6

Capítulo 6

La playa

"Las palabras rompían como olas contra su espalda".

Markus Zusak. «La ladrona de libros»

El cáncer es una enfermedad aterradora. Algunas veces veía a las enfermeras llorar por los pacientes que no había logrado ganar la batalla. Cuando el Dr. Dylan perdía a uno de los suyos, subía a la terraza a fumar. A veces coincidíamos allí, y entonces lo acompañaba un rato. Nos quedábamos observando los transeúntes que pasaban por las calles aledañas, ajenos al drama que se vivía dentro del hospital.

—Si sigues fumando así morirás de cáncer pulmonar —le advertí un día.
—Pues no me importa, así al menos podré ver de nuevo a algunos de los pacientes que han muerto —sentenció con amargura en la voz, poniendo fin a la conversación.

El Dr. Dylan no solía ser brusco, pero en días como aquellos su carácter era volátil, a veces introvertido, a veces un volcán a punto de erupción. En su tiempo libre practicaba deportes extremos. Se notaba en su constitución física, firme y musculosa: era un deportista nato. Además de ser miembro del equipo nacional de remo, practicaba paracaidismo, montañismo, surf, buceo, kayak, y vuelos en parapente. También le fascinaba el excursionismo.

Para aliviar un poco la tensión que se había creado entre nosotros por su severa respuesta, me invitó a ir con él a la playa el siguiente fin de semana y acepté encantado. Me entusiasmé con la idea y le pregunté si podíamos llevar a Susana. Reflexionó un momento y decidió que era una buena idea. Tan sólo debíamos tomar todas las precauciones necesarias. Susana no tenía quimioterapia hasta dentro de 2 semanas, así que era buen momento para un paseo.

—Oye Susana, este fin de semana el Dr. Dylan y yo iremos a la playa, ¿te gustaría venir con nosotros? —le pregunté esa misma tarde—. Ya lo he hablado con mi padre y dice que si tu familia lo autoriza podremos llevarte.

—¿Hablas en serio? Eso sería fantástico —contestó visiblemente emocionada.

—El abuelo nos llevará en la Minivan de mi padre, iremos hasta la playa temprano y regresaremos al atardecer. Tendremos un botiquín de primeros auxilios en caso de emergencia y...

—Hablaré con mis padres y les pediré permiso —me interrumpió

ilusionada—. Hace tanto tiempo que no salgo del Hospital.

Los padres de Susana dieron su autorización y la madrugada del sábado íbamos ya de camino: el abuelo, Susana, Dylan, el veterano Bobby y yo.

—Mucho gusto en conocerlo Sr. Villanueva —le dijo Susana al abuelo, estrechándole la mano.

—El placer es todo mío, jovencita —respondió el abuelo. Y empezaron a conversar como si fueran viejos amigos.

Durante el trayecto, hablamos de todo menos de cáncer. Música, películas de moda, cualquier tema. Bobby se empeñó en que Susana le acariciara el hocico y las orejas, y ella parecía encantada con el perro.

—Hemos llegado. ¡Todo el mundo abajo! —dijo el abuelo luego de estacionar la Minivan—. Deben estar justo aquí a las 3 de la tarde para llevarles de regreso. Disfruten el día.

—La playa es el mejor lugar para distraer la mente y llenarse de energía, ¿no lo creen? —dijo el Dr. Dylan con su amplia sonrisa— Iré a pasear con Bobby, regreso en un rato, ¿de acuerdo?

Asentimos y lo vimos alejarse hacia un extremo de la playa. Parecía como si el abuelo y el Dr. Dylan se hubieran puesto de acuerdo para dejarnos solos, se los agradecí.

Susana y yo nos quedamos juntos cerca de la orilla. Me sorprendió su atuendo, su cabello era completamente verde esta vez, y llevaba un suéter con mangas largas para protegerse del sol. Ninguno de los dos podía adentrarse en el agua, así que nos quedamos viendo de lejos las olas que rompían con ímpetu en la orilla.

Susana, estaba inmersa contemplando el oleaje, parecía que el océano le contaba secretos milenarios, y que ella intentaba guardarlos en su corazón, abriéndoles paso a través de sus pupilas. Me daba la impresión de estar viviendo la escena más memorable de una película.

De pronto sentí celos del mar que lograba atraerla de esa forma tan intensa. Busqué en mi memoria y recordé algunos chistes marinos, y se los conté procurando ganar su atención:

—Un Capitán le ordenó a los marineros: ¡Suban las velas! Y entonces los de abajo se quedaron sin luz —dije con el tono más gracioso del que fui capaz. Susana volteó a mirarme y se ríe a carcajadas.

—¿Sabes por qué los peces no van a la escuela?

—No —respondió con un toque de intriga en la voz.

—Porque se les humedecen los cuadernos —añadí, y fui recompensado de nuevo con el sonido de su risa. El poder de hacerla reír me parecía cada vez más fascinante.

—Dice un marinero: Almirante, hay quince carabelas aproximándose. El Almirante pregunta: ¿Una flota? Y el marino contesta: No, flotan todas.

Susana volvió a reírse.

—Oye, Racer, deja de contarme esos chistes tan tontos —dijo intentando contener la risa—. Debo parar ahora o puedo sufrir una hemorragia nasal y eso es algo que no te gustará ver.

Al recordar su enfermedad me sentí un poco avergonzado. Ambos nos pusimos serios de pronto. Decidí dejar a un lado los chistes y empecé a hablarle de temas más interesantes.

—El viento es responsable de la formación del oleaje que se desplaza sobre la superficie del agua —dije con el tono más serio que pude—. Las olas se caracterizan por su longitud de onda, período, pendiente, altura, amplitud y velocidad de propagación...

Estuve hablando un rato hasta que agoté el tema. Entonces cambié a la Fórmula 1: los pilotos más destacados, los autos, las escuderías. Me escuchaba atenta sin dar muestras de aburrimiento, lo que me animaba a seguir conversando. Le hablé del Tuning, la personalización estética o funcional de los autos.

Ella por su parte me habló de libros: libros clásicos y contemporáneos. Libros que había leído, libros que estaba leyendo, libros que le gustaría leer, libros que se han convertido en películas. Nombró escritores que yo nunca había escuchado. Fantasía, romance, biografías, poesía, esos eran sus géneros favoritos.

Mientras la escuchaba me quedé mirando su tatuaje de aves.

—Son golondrinas —dijo al darse cuenta que la observaba.

—¿Como las del poema de Bécquer? —pregunté.

—¡Exacto! —exclamó—. Son mis amigas. La tinta natural que usa James para hacer los tatuajes dura pocos días, cuando el dibujo se borra, pienso que las golondrinas se han ido a casa. Cuando me siento sola o triste, James vuelve a dibujarlas y entonces es como si hubieran regresado a visitarme. A veces, cuando extraño el mar, le pido que dibuje gaviotas. ¡Es fantástico lo que se puede hacer con un poco de tinta! —concluyó, fijando su mirada nuevamente en el mar.

De pronto se sentó y comenzó a jugar con la arena.

—Oye, "Racer Boy", ¿podrías cerrar los ojos un momento? —pidió.

—Claro, no hay problema —contesté, aunque no me apetecía dejar de mirarla.

Al cabo de un rato, que me pareció una eternidad, dijo que ya podía mirar. Cuando lo hice me sorprendí al encontrar la palabra "Racer" dibujada con grandes letras sobre la arena.

—Ahora tu nombre estará por siempre en la memoria de esta playa —dijo.

Ese simple gesto me conmovió profundamente. No fui capaz de decir nada, tan sólo sonreí. En el fondo sabía que ella podía entender, aún sin

palabras, todo lo que me hubiera gustado decirle en aquel momento.

En ese instante comprendí algo importante: había empezado a enamorarme de ella.

El Dr. Dylan llegó de forma inoportuna:

—¡Hora de irnos! ¡Suban a la camioneta!

Y en un par de horas estábamos de vuelta en el hospital.

Esa noche no pude dormir, sentí la imperiosa necesidad de escribirle algo a Susana, al final logré sacar unas cuantas palabras en limpio, el primer poema de los muchos que le escribí:

*Eres expresión pura de la perfección.
Un poema nuevo en su justa medida.
Ambarino rayo de sol a medio día,
fuente inagotable de amor. ¡Eso eres!*

Capítulo 7

Capítulo 7

Traumas del pasado

"De pronto veo en sus ojos -mucho más pronunciada que en ninguna otra persona- la pálida sombra de la sabiduría... Aprieto la mano de Kenji con más fuerza, deseando poder quedarme así para siempre. No soy la única persona que sufre en el mundo" Andrea Tomé. «Corazón de Mariposa»

Al cabo de dos noches subí a la azotea y me acomodé en el rincón más apartado. Me sorprendí al ver a Susana que se acercaba y se sentaba peligrosamente cerca del borde del tejado. Yo no podía caer, no había forma en que la silla de ruedas traspasara el muro, para estar en verdadero peligro tendría que levantarme y subirme al alfeizar. Pero cualquier movimiento brusco podía hacer que ella cayera, pero ella no parecía darle mayor importancia al asunto, y sacó de su bolso un cuaderno y un marcador.

Empezó a garabatear letras y números despreocupadamente. En eso, recordé que le gustaban los tatuajes artificiales y se me ocurrió una idea. Le pedí prestado el marcador y tomándola del brazo con delicadeza la hice bajar y sentarse en el suelo a mi lado. Luego le escribí estas letras en la piel: "3MSC"

Se quedó en silencio un momento, intentando encontrar significado a aquellas letras. Luego de un rato se rindió:

—¿Qué significan?

—Tu y yo a... "Tres metros sobre el cielo" —contesté satisfecho por haber acertado un libro que ella aún no había leído—. Es la primera novela del escritor italiano Federico Moccia. Su título en italiano es: Tre metri sopra il cielo.

—Suena genial, le pediré a mi madre que me traiga ese libro lo más pronto posible. ¿Puedo escribirte algo también? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

—¡Claro! —contesté al tiempo que le ofrecía mi antebrazo.

Sus manos se movieron con suavidad y las letras empezaron a cobrar forma... "Serendipity"

—¡Yo vi esa película! ¡La protagoniza John Cusack! —exclamé casi gritando.

—¡Muy bien! Pero, ¿sabes lo qué significa la palabra? —me preguntó mientras tapaba el marcador con aire triunfante, y lo introducía de nuevo en su bolso.

—No, no lo sé —admití con un tono de voz muy bajo.

—Entonces tienes tarea. No nos veremos de nuevo hasta que lo sepas

—dijo levantándose y dirigiéndose hacia la puerta—. Buenas noches

"Racer Boy".

Antes de perderse totalmente de vista, se volvió unos instantes y me lanzó un beso. Lo envió directo a mi corazón y lo encendió como lo harían mil antorchas a la vez, quemando, pero sin causar cicatrices ni dolor.

Tras dos semanas fuera del hospital, regresé para otra ronda de terapia. Mis músculos y articulaciones serían puestos a prueba por el equipo de doctores y enfermeras que se afanaban en su empeño de hacerme caminar de nuevo. Pasé varias horas haciendo los ejercicios rutinarios, pero estaba distraído, pensando en Susana.

Cuando por fin la vi, al final de la tarde, su cabello era de color rojo vivo, lo que acentuaba aún más sus hermosos rasgos. Llevaba unos llamativos zapatos tipo "converse" color negro con trenzas beige y la típica bata del hospital. Nos quedamos mirando fijamente a los ojos unos cuantos segundos. De pronto, rompió el silencio...

—Hola "Racer Boy", ¿ya sabes el significado de "Serendipity"?

—Sí, lo sé —contesté orgulloso—. Es un descubrimiento o hallazgo, afortunado e inesperado que se produce de improviso; es decir: por casualidad o coincidencia.

—¿Cómo lo averiguaste? —preguntó inquisitiva.

—Consulté con un buen amigo: "Google" —dije picándole un ojo.

—Oye, "Racer inteligente", ¿desde cuándo usas esa silla de ruedas?

—quiso saber de repente con una expresión de curiosidad mezclada con inquietud.

—Desde los 9 años —respondí acomodándome mejor en la silla—. Cuando el idiota de Brutus decidió que quería practicar una nueva técnica de artes marciales con mi espalda.

—Eso debió ser muy doloroso —dijo Susana con tristeza.

—Sí, debo admitir que fue un poco... traumatizante. A veces tengo pesadillas. En mis sueños me veo tratando de cruzar un río, la silla de ruedas se va hundiendo en el agua poco a poco, y la corriente amenaza con ahogarme por completo; entonces dejo la silla y empiezo a braccar intentando mover las piernas —continué bajando la voz, sin apartar los ojos de Susana—. Mágicamente empiezo a nadar como todo un profesional, así como Michael Phelps, y veo como el agua se adhiere e impregna todos los poros de mi cuerpo, sintiéndome libre, disfrutando el momento. Al cabo de unos minutos, cuando estoy a punto de llegar a la otra orilla, noto que el agua a mi alrededor va cambiando de color, tiñéndose de rojo y volviéndose espesa, entonces me encuentro en el patio de la escuela, sólo soy un niño de nuevo: indefenso, herido, víctima de la crueldad de mis compañeros. El ruido confuso de la ambulancia, los paramédicos, la velocidad, gasas, suero... todo se revuelve y se confunde a mi alrededor como un torbellino.

«Deja de recordar, deja de recordar», me ordenaba a mi mismo con desesperación, pero era en vano y continué contándole a Susana mi

pesadilla:

—Entonces despierto. La mayoría de las veces estoy temblando, llorando, deseando que todo se termine, que ya el pasado no me atormente más. Curiosamente no grito, no quiero que mi padre se despierte, ya tiene suficiente con desvelarse cuando tiene emergencias aquí en el hospital, y además no quiero que me envíen a alguna clase de terapia como esas de alcohólicos anónimos: "Hola soy Andrés, y sufro pesadillas post traumáticas"

—Vamos, esos grupos no son tan malos —dijo Susana. Se veía pensativa, como si quisiera decir algo pero no encontrara las palabras adecuadas. Luego de un momento incómodo se acercó a mi y se arrodilló justo en frente de la silla de ruedas. Se enderezó un poco y colocándose muy cerca me susurró al oído:

—Oye "Racer Boy", ¿sabes algo? Yo voy a curarte —y sin darme tiempo a reaccionar me dio un beso en los labios. Fue un beso directo, rápido, inexperto. Sus labios eran tan suaves y provocativos, que sin pensarlo dos veces la atraje hacia mí y la besé, le mordí los labios con suavidad, la besé de nuevo, y así estuvimos durante un rato, sin hablar, sólo comiéndonos a besos.

De pronto, se separó de mí y preguntó:

—Oye, ¿estás enamorado de Clara? ¿Es cierto que tú y ella...?

—¿Quién es Clara? —la interrumpí y la besé de nuevo.

Capítulo 8

Capítulo 8

Síntomas del amor

"Donde exista un ápice de amor, cualquier brizna de esperanza tiene espacio para crecer". Esther Earl. «Una estrella que no se apaga»

Unos minutos más tarde le pregunté:

—Si tu nombre no fuera Susana, ¿cómo te gustaría llamarte?

—Eh, Amelia, como la primera mujer en intentar un viaje aéreo alrededor del mundo. —contestó tras pensarlo un momento.

—¿Te gustan los aviones?

Susana asintió con la cabeza, tenía la mirada un poco perdida.

—¿Te gustaría volar? ¿Quisieras intentarlo? —le pregunté al tiempo que le indicaba que se colocara detrás de la silla de ruedas y subiera sus pies a las dos plataformas de metal que había en la parte posterior. De esa forma podría llevarla a cualquier parte. Se subió despacio y entonces me puse en marcha; nos dirigimos al ascensor y bajamos hasta el estacionamiento.

Eran las nueve de la noche y estaba desierto, sólo unos pocos autos aquí y allá. Ajusté los controles de la silla al modo "turbo" inventado por mi padre, y le pedí a Susana que se sujetara con fuerza.

Estuvimos un rato dando vueltas por el estacionamiento. Por momentos alcanzábamos gran velocidad y entonces Susana extendía sus brazos en forma de alas: volaba, disfrutando la brisa en su rostro y sonriendo. Me sentí feliz por poder compartir un momento así con ella. Cada vez íbamos más rápido y recorríamos el estacionamiento imaginando que estábamos en un auto de carreras. Me sentía como un héroe, el caballero andante de los cuentos clásicos, sólo que mi flamante montura era un caballo de metal y no uno de carne y hueso.

—Oye, Racer Boy, creo que estoy enamorada de ti —dijo Susana de repente, provocando que frenáramos con brusquedad, lo que nos produjo una caída un tanto violenta que nos dejó tendidos en el suelo muy cerca, uno del otro. Era la primera vez que escuchaba a una chica decir que me quería... una sensación cálida y desconocida recorrió todo mi cuerpo.

—No sabía que el amor iba a atraparme, pero no creo que pueda huir porque el amor no es algo efímero —añadió—. Una vez que nos alcanza, no hay escapatoria posible, ¿sabes? No hay forma de darse a la fuga, tan sólo podemos sumergimos en ese mar de sentimientos nuevos y aprender a nadar en ellos.

Me quedé mirándola con asombro sin saber qué debía decirle.

—Sí, siento todos los síntomas que mencionan en la revistas del corazón —continuó bajando la voz y sonrojándose un poco sin levantarse del suelo—. El amor puede encontrarse en cualquier parte... inclusive en un hospital, ¿lo sabías?

«¿Síntomas del amor? ¿Qué síntomas son esos?» Me preguntaba sorprendido, intentando entender todo lo que Susana decía.

—Si gustas puedes leerlos —dijo entregándome una hoja de papel doblada por la mitad.

Entonces abrí la nota y la leí en voz alta:

Síntomas del amor

Estás perdidamente enamorado (a) cuando...

1. No puedes sacar a esa persona especial de tu pensamiento ni por un momento y la ves en todas partes.
2. Te late muy rápido el corazón cada vez que la ves.
3. Con una mirada, una caricia, un abrazo o un beso... te hace sentir como si tuvieras miles de mariposas revoloteando dentro de tu estómago.
4. La extrañas a todas horas y cuentas los minutos que faltan para verle e inventas toda clase de excusas para ir a los sitios en los que sabes que podrías encontrarle.
5. El tiempo a su lado pasa volando y siempre quieres estar cerca. A veces te olvidas de los demás, incluso de ti mismo y sólo quieres que esa persona sea feliz.
6. Cada cosa que ves, escuchas o hueles, te trae recuerdos suyos.
7. Sientes como si fueran tuyos su felicidad y su dolor.
8. Te sientes la persona más feliz de la tierra.
9. No le prestas atención a nadie más por la calle (en este caso en el hospital).
10. Tus prioridades van cambiando y dejas amigos y familia para pasar más tiempo con esa persona que te hace sentir especial.

Al terminar de leer la nota, reflexioné un momento en los "síntomas". Antes de conocer a Susana pensaba que hablar sobre ese tipo de cosas era algo tonto, pero luego de pasar tiempo con ella, admití que expresar los sentimientos es importante, y le dije:

—Por como está planteado aquí, parece que el amor es una enfermedad "incurable". Pero, tienes razón... creo que se puede encontrar el amor en un hospital. Yo lo hice... cuando te encontré a ti.

Era la primera vez que permitía que mi voz dijera lo que mi corazón sentía. Debía admitir que el amor había nacido en mí sin ser llamado, iba creciendo con su propia energía, se alimentaba de detalles, miradas y sonrisas, y lograba llenar todos los espacios de mi corazón.

Susana y yo, nos quedamos abrazados un rato, mientras yo le acariciaba el rostro con los dedos, ella sonreía satisfecha.

—Oye, ¿es cierto que te gustan las novelas de Nicholas Sparks?

—pregunté cambiando de tema.

—Sí, me gustan mucho. He leído: El Diario de Noah, Un paseo para recordar, Mensaje en una botella, entre otras.

—En "Noches de tormenta", actuaron Richard Gere y Diane Lane, ¿alguna vez la viste?

—No, pero me hubiera gustado. No hay televisor en las habitaciones del hospital, ¿sabes? Sólo en las salas de espera y nunca pasan ese tipo de películas.

—Eso puede arreglarse —le dije al tiempo que le guiñaba un ojo—. Haré todo lo posible para que la veamos juntos.

Con ayuda de Clara, organicé una función especial en su habitación con un televisor y un reproductor de DVD que trajimos de la sala de enfermeras. Se nos unieron otros pacientes del piso 4, y así pasamos el resto de la velada.

Al despertar al día siguiente, me di cuenta que no había tenido pesadillas. Me sentía renovado, era como despertar a un nuevo mundo, desconocido pero tranquilizador a la vez. Era extraño sentirse tan cómodo. Recordé los labios de Susana, su hermoso rostro, su piel, su voz... pero sobre todo su confesión. Me senté en la cama con cuidado y me deslicé despacio hacia la silla de ruedas con una sonrisa tonta en la cara. Quería arreglarme lo mejor posible e ir a verla cuanto antes.

Al dirigirme hacia la puerta, mi padre entró con rapidez en mi habitación, frustrando mis recién elaborados planes para esa mañana. Su actitud era extraña, sus ojos tenían unas ojeras pronunciadas que sólo se le veían cuando tenía juntas médicas nocturnas debido a emergencias o pacientes graves.

—Tenemos que hablar —dijo mientras se arreglaba la bata con manos torpes— Es sobre Susana. No creas que no se lo que estuvieron haciendo ayer en la noche, en realidad todo el hospital lo sabe. ¿Se te olvidó que hay cámaras de seguridad por todas partes? El encargado del CCTV, los puso a ustedes besándose "en vivo" en el televisor del comedor y las salas de espera. ¡Algunos pacientes hasta los aplaudieron!

No podía creer lo que mi padre decía, había olvidado las cámaras, pero era absurdo que Fermín, el guardia de seguridad, hiciera algo así poniendo en riesgo su empleo.

—Padre... —empecé a balbucir.

—Deja las explicaciones para después, no he venido a reñirte —expresó con tono cansado—. Quiero hablarte sobre Susana. Su estado de salud no es bueno, ya no es "satisfactorio" sino "inestable". Está empeorando rápidamente. Los medicamentos que hemos estado usando con ella no son efectivos, han dejado de producir el efecto esperado. Tendremos que aumentar las dosis de algunos y agregar otros, y eso la afectará más de lo que puedas imaginar. Sabemos que la quimioterapia es un arma contra el cáncer, pero es nociva para el resto del organismo. Con cada sesión de

medicamentos se sentirá intoxicada y débil, incluso pasará días enteros en la unidad de terapia intensiva. No querrá que veas todo eso. Luego de una pausa dramática continuó:

—En pocos días estará muy grave y la única opción que nos quedará para salvarla será un trasplante de médula ósea. Susana pertenece al 70% de enfermos que no tienen un donante compatible entre los miembros de su familia, por eso será necesario encontrar un donante sano, voluntario y no emparentado, cuya médula sea compatible con la suya para evitar el rechazo, y eso sólo ocurre en 1 persona entre 40.000. No será una tarea sencilla, pero lo haremos, así que no debes preocuparte. Revisaremos todos los registros de donantes nacionales, y los internacionales de ser necesario.

Me quedé petrificado mientras escuchaba todo lo que mi padre decía, sus palabras parecían proceder de otro mundo, uno paralelo, distante. No tenía sentido "Susana está grave", escuchaba en mi cabeza una y otra vez. «¡Hasta ayer parecía estar bien!», «¿Qué significa todo esto?»

Mi padre pareció notar la tormenta que se desarrollaba en mi interior y se acercó despacio para colocar su mano sobre mi hombro.

—Lo siento hijo, pero eso no es todo... la semana que viene te marchas a Estados Unidos.

—¿Qué? ¿Estados Unidos? Pero, ¿de qué hablas? —le pregunté elevando mucho la voz.

—Es hora de que te ocupes de ti mismo y te recuperes; sabemos que tu parálisis es más psicológica que física. Ya es tiempo que pongas de tu parte y te levantes de esa silla. No es una sugerencia, es una orden: te vas a Estados Unidos, y Clara se va contigo. Tienes hasta el fin de semana para preparar las cosas. No te abrumes pensando que debes quedarte para ser donante de médula, ya hemos examinado mi sangre y no soy compatible con ella, lo más probable es que tú tampoco lo seas. De todas formas, para que no te queden dudas puedes hacerte la prueba esta misma tarde —dijo y se marchó de la habitación dejándome a oscuras a pesar de estar todas las luces encendidas.

Capítulo 9

Capítulo 9 Venciendo el miedo: por ti

"Uno junto al otro anduvieron pasillo adelante, y él notó que teniéndola al lado se sentía más tranquilo". Arthur Haley. «Diagnóstico Final»

El fin de semana llegó más rápido de lo que esperaba. Tenía el ánimo por el suelo, me negaba a irme así sin más, sin verla, sin despedirme, pero no me permitieron hablar con ella, la habían trasladado al 6to piso, a una habitación cercana al área de terapia intensiva. Era una sección de acceso restringido. Sabía que la única forma de quedarme era levantarme de la silla de ruedas y caminar, algo que era imposible. No tenía otra alternativa más que obedecer a mi padre, siempre había respetado sus decisiones y esta vez no sería la excepción. Hay momentos en la vida en que amar, honrar y respetar a tus padres significa obedecerlos, aunque no te guste la decisión que han tomado.

El aeropuerto me pareció el lugar más frío del mundo. El área de vuelos internacionales estaba atestada de pasajeros. Me tomé al menos 5 tazas de café, probé todas las variedades disponibles en la cafetería: Espresso, Cappuccino, Mocacchino, Macchiato y Americano. Me coloqué los audífonos y le di "play" a una carpeta llena con canciones de José Alfonso Lorca, el cantante español cuya voz siempre lograba tranquilizarme en los momentos de mayor angustia. Cuando finalmente nos llamaron para abordar, sentí un nudo en la garganta y un par de lágrimas que se escaparon de mis ojos. ¡Rayos! ¡Nunca debí enamorarme!

A través de los altavoces, nos pidieron que nos pusiéramos los cinturones de seguridad, y nos explicaron algo sobre el vuelo. Distráido me puse a observar por la ventanilla del avión hasta que advertí un pequeño revuelo en el centro de la pista. Me enderecé en la silla y presté atención a la situación. Pude ver a una chica en silla de ruedas haciendo señas en dirección al avión, y a los empleados de la aerolínea que intentaban hacerla regresar al aeropuerto. Cuando ya se la llevaban pude verla: era Susana acompañada de su padre. ¡Había venido a despedirse!

No podía creerlo, estaba perplejo. Pude observar que me señalaba su antebrazo, intentando mostrarme unas letras grabadas en su piel: "Racer Boy". Esta vez su tatuaje lucía muy real y brillaba extraordinariamente bajo la luz del sol. Ver mi sobrenombre en su piel era asombroso. El sol empezó a deslumbrarme, y Susana me parecía un espejismo en medio de un desierto extremadamente caluroso y etéreo.

A medida que desaparecía de mi campo de visión —mientras los guardias de seguridad se la llevaban hacia el andén principal— tomé la decisión de

quedarme. Simplemente no podía marcharme y abandonarla; por muy duros que fueran los momentos que tuviéramos que vivir, quería que los viviéramos juntos. Quería apoyarla y ayudarla en todo lo que fuera posible.

De pronto el avión empezó a moverse, recorriendo la pista. A menos que ocurriera algo inesperado, despegaríamos en cuestión de minutos. Incapaz de levantarme del asiento, empecé a golpear mi cabeza contra la ventana, una, dos, tres veces... Clara intentó detenerme pero sus esfuerzos no fueron suficientes, cada vez golpeaba con más fuerza mi frente contra el cristal, hasta que empecé a sangrar. Los pasajeros que nos rodeaban se pusieron nerviosos y las aeromozas, sobresaltadas, informaban al piloto y los guardias del aeropuerto.

La sangre ya resbalaba por mi cuello. Clara, preocupada por mi seguridad, colocó una de sus manos en el cristal, si golpeaba la ventana con mi cabeza de nuevo... le haría daño. Las manos lo son todo para una enfermera que desea convertirse en instrumentista, así que su futuro profesional estaba en juego. Pero la desesperación que sentía era tan fuerte, que evaporó mi sentido común sin dejar rastro. Sin detenerme a pensar en las consecuencias dirigí mi cabeza hacia la ventana una vez más. Clara quitó la mano justo a tiempo: golpeé el cristal con tanta fuerza que el vidrio se rompió.

Entonces el avión se detuvo, el copiloto y una aeromoza me levantaron y me ayudaron a bajar como pudieron por las escaleras. Mi silla de ruedas estaba con el equipaje, de momento era imposible traerla. Sabía muy bien que mi padre no dejaría que me quedara a menos que pudiera caminar, así que intenté mantenerme de pie, al tiempo que elevaba una plegaria al cielo para no caer.

Clara me ayudaba colocando su brazo alrededor de mi cintura. Pero caí... me levanté, y caí de nuevo. Esta lucha se llevó a cabo por más de media hora en medio de la pista, pero ya no podía detenerme, era un momento crucial en mi vida. De tanto caer, se me rasgó el pantalón y mis rodillas quedaron al descubierto llenándose de moretones, raspaduras y sangre. Estaba determinado a vencer... si lo lograba y me curaba tal vez habría una oportunidad para Susana: ella tampoco se rendiría, también se animaría a luchar. Quería ayudarla, abrazarla y caminar junto a ella. Acompañarla en sus momentos de mayor debilidad y fortaleza.

De pronto, me mantuve en pie unos segundos, conteniendo la respiración. Clara me soltó lentamente, fui exhalando el aire despacio. Esa vez no caí, estaba de pie sin ayuda por primera vez desde que tenía 9 años, era una sensación indescriptible, casi mágica, fascinante. "Susana esto es por ti", repetía en mi cabeza una y otra vez: "Por ti"

Di un paso... dos, manteniendo el equilibrio a duras penas; pero avanzando. Entonces lloré, lloré como no lo había hecho antes. Sonreía,

lloraba de nuevo, mientras poco a poco iba llegando al andén principal. Me dejé caer en la primera silla que encontré en la sala de espera, había ganado una de las batallas más importantes de mi vida. Recordé el día en que mi abuelo dijo proféticamente: "Algún día volverás a caminar". Su profecía se había cumplido. Casi podía verlo con su sonrisa bonachona diciendo: ¡Te lo dije!

Un tiempo después publiqué el siguiente "estado" en mi perfil de Facebook:

"Han pasado tres meses desde que empecé a caminar, y mi vida ha cambiado por completo. Estoy trabajando con distintas organizaciones de ayuda a los pacientes oncológicos. Junto a mi padre he creado una fundación dedicada a recolectar fondos para los niños con cáncer. Voy a todo tipo de reuniones y conferencias, y además seguimos en la búsqueda de un donante compatible con Susana. Ella está muy débil y ha perdido parte de su alegría y vitalidad, pero seguimos luchando. No nos daremos por vencidos"

Capítulo 10

Capítulo 10

Declaración de amor

"La mejor arma es una sonrisa y el poder más grande es el amor" Jet Li.

Nunca imaginé que mi vida estuviera gobernada por el miedo. No quería admitirlo, pero era cierto. Por muchos años sentí un miedo intenso que bloqueaba cualquier posibilidad de recuperación, y me impedía caminar. Tenía miedo: miedo de salir de mi grupo familiar, de dejar la comodidad del hospital y enfrentarme al mundo. Miedo de tener amigos y de relacionarme con otras personas.

Es muy duro para un joven tener pesadillas en las que se ve a sí mismo tirado en el suelo, llorando, sangrando. Eran sueños tan reales, que casi podía sentir los golpes, y escuchar los gritos de mis compañeros de clase, esos que en lugar de ayudarme, animaban a quien me estaba golpeando: ¡dale! ¡dale!

Con el tiempo dejé de culparlos, en realidad, los perdoné. Comprendí que algunos de ellos apoyaban a "Brutus" por temor a ser los siguientes en ser heridos; y otros porque creían que era genial demostrar superioridad física. Estaban equivocados. Yo también lo estaba al encerrarme por tantos años en la prisión de mi inmovilidad. Cuando logré caminar y pude valerme por mí mismo, me di cuenta del valioso tiempo que había desperdiciado compadeciéndome de mí mismo, y anhelé recuperar algo de todo ese tiempo perdido. Decidí que me dedicaría a cuidar de Susana, intentaría por todos los medios hacerla feliz. Por eso iba al hospital todos los días, ya no como paciente en rehabilitación sino como un visitante.

A pesar de haber vencido mis frustrantes temores del pasado, obtuve un nuevo temor, más fuerte, más vivo: Susana. Ella estaba grave y su salud empeoraba con el paso de las horas. Debíamos encontrar un donante compatible, era urgente. Presentía que había algo que no me habían dicho, lo notaba en la mirada de mi padre. Supuse que tendría que averiguarlo por mi cuenta.

Para esa tarde había preparado una gran sorpresa, justo a las 3:00, la habitación de Susana se llenaría de globos de colores de diversas formas: corazones, mariposas, estrellas. Los globos habían sido enviados y firmados por otros enfermos con leucemia de todas partes del mundo. Había creado un blog en Internet para compartir e intercambiar ideas y opiniones con pacientes con cáncer. Ya podía imaginar la sonrisa de Susana al ver los globos enviados desde China, un país que le gustaría visitar si pudiera viajar. Le prometí que al curarse caminaríamos juntos por la Gran Muralla China. Pero antes debía recuperarse y la batalla

apenas comenzaba.

Mientras pensaba en los globos, vi a la enfermera Clara alejarse rápidamente por el pasillo. La seguí un rato, hasta que se detuvo a hablar con un chico. Me acerqué un poco más, y vi que era James, el "amigo" de Susana, que había regresado de su viaje a Francia. Clara estaba llorando y le suplicaba algo, entonces me intrigó el asunto, y presté especial atención a lo que decían. Le insistía que asistiera a terapia y se mantuviera libre de alcohol, y James le decía que eso no era tan fácil como parecía, que lo había intentado pero que volvía a recaer. De improvisto la abrazó, entonces le dio un beso y Clara no se resistió. Se quedaron besándose un rato, sin saber que yo los miraba, aliviado, al saber que el corazón de James no pertenecía a Susana como tantas personas creían. Inclusive algunos miembros de su familia pensaban que se casarían al mejor estilo del best-seller "Love Story". Decían que eran tal para cual porque ambos amaban los tatuajes, los piercings y el rock, entre otras cosas que tenían en común. Me daba celos cada vez que hablaban de él. Quería que esa situación se aclarara de una vez por todas, así que esa misma tarde le pediría a Susana que fuera mi novia.

Cuando la vi, llevaba un lazo naranja en su bata. Los lazos son símbolos internacionales usados por personas y organizaciones que se comprometen a crear conciencia sobre el cáncer. Un lazo rosado identifica la lucha contra el cáncer de mama, y los lazos anaranjados se asocian generalmente con el cáncer de riñón y la leucemia. Sus uñas estaban pintadas con un esmalte que combinaba con el nuevo color de su cabello artificial: morado. Llevaba unos impresionantes aretes que llegaban a sus hombros, lo que contrastaba con la bata blanca del hospital y el color extremadamente pálido de las paredes de la habitación.

Sonreía, se veía hermosa en medio de todos los globos que ya habían llegado.

—¡Es fantástico! —exclamó con voz divertida.

—Que bueno que te gustaron los globos —le contesté guiñándole un ojo.

—Sí, los globos también están geniales, pero me refiero a ti: es fantástico verte caminar por la habitación, antes venías en tu silla de ruedas, pero ahora que no la necesitas, luces diferente, te ves más alto y más guapo, y pareces más seguro de ti mismo.

—Gracias —dije sintiéndome alagado—. Pero para ser sinceros, lo más fantástico del mundo eres tú, y tus ojos.

Me acerqué a ella despacio, le tomé las manos y sin darme cuenta llevé mis labios a su oído derecho y le susurré suavemente:

—¡Te amo Susana! ¿Quieres ser mi novia?

Sentí que su cuerpo se estremecía al escuchar mis palabras, sentí como se debatía por dentro con mil dudas. Sin darle tiempo para pensarlo mucho, intenté colocarle un bonito anillo en su mano izquierda. Susana

retiró la mano, evitó mi mirada y empezó a sollozar quedamente.

—No pasa nada —le dije—. De ahora en adelante no debes llorar, yo me ocuparé de hacerte feliz. Se que temes por tu salud, por culpa de ese estúpido cáncer que enloquece las células de tu sangre, pero si hay algo en la vida por lo que vale la pena enloquecer es por amor. Entonces le di un beso en los labios.

—¿Quieres saber algo Racer tonto? —preguntó Susana de pronto. Asentí con la cabeza y entonces escuché las palabras más maravillosas del mundo, palabras que se han quedado grabadas a fuego en mi corazón: "Te amaré... mientras respire". Al decirlo apoyó su mejilla en mi hombro, y nos fundimos en un intenso abrazo. Así nos quedamos hasta finalizar la hora de visitas.

Clara entró para decir que debía irme. Pero al vernos allí abrazados dijo: —Supongo que el hijo del director del hospital puede quedarse un rato más. Entonces cerró la puerta y se marchó con una sonrisa de complicidad.

Capítulo 11

Capítulo 11

James

"Las cartas no son más que un trozo de papel. Aunque se quemen, en el corazón siempre queda lo que tiene que quedar" Haruki Murakami. «Tokio Blues»

Cuando desperté, aún sostenía la mano de Susana. Me levanté, estiré un poco los músculos y me sorprendí al ver a una enfermera, que no era Clara, abriendo las ventanas de la habitación para que los rayos del sol alumbraran la estancia.

—Buenos días joven Andrés —me saludó amablemente.

—Buenos días Elizabeth —contesté—. ¿Dónde está Clara? ¿No es su turno?

—Sí, pero recibió una llamada urgente. Pidió permiso, y se ausentó del hospital. La Jefa de Enfermeras me llamó para que cubriera su guardia.

—Entiendo, gracias por haber venido —le dije mientras me estiraba y daba un largo bostezo.

Era extraño que Clara se hubiera marchado, me preocupé, y decidí que la llamaría en cuanto pudiera.

—Joven, ya han llegado —dijo la enfermera Elizabeth, mientras me guiñaba un ojo—. Están en el pasillo, ¿les digo que las traigan?

—¡Lo había olvidado! Sí, creo que es un buen momento ahora que Susana aún no ha despertado. Será una bonita sorpresa. Por favor pídeles que no hagan ruido al entrar.

Elizabeth salió de la habitación para regresar con dos jóvenes mensajeros que traían consigo cientos de macetas con flores. De forma silenciosa las depositaron por todo el lugar: en el suelo, en las mesas, las sillas, en todos los espacios que encontraron disponibles. Cuando ya no cabían más, me entregaron las últimas dos, que tuve que sostener entre mis brazos.

Cuando Susana despertó, se quedó boquiabierta. Sus ojos iban de los girasoles a las rosas, de las margaritas a los claveles, de las flores silvestres a otras tantas, que estaban sembradas en recipientes de variados colores. Ni una sola de las flores que inundaba la habitación había sido cortada, todas estaban sembradas porque así duraban mucho más tiempo.

—¡Racer! —murmuró Susana al fin—. Racer, estas flores... Todas estas hermosas flores...

—Sí, son un regalo para ti. Te las envían distintas personas desde diversos lugares de la ciudad, personas que no te conocen, pero que saben tu historia. Les mostré tu foto y no pudieron resistirse a tus encantos —le dije en tono divertido.

—¿Recorríste la ciudad hablándole a la gente sobre mí? ¿Pidiéndoles que me enviaran estas flores?

—Así es preciosa, pero no lo hice a pie obviamente, aún me cuesta caminar. Compré una moto. Ahora luzco como H de "3 metros sobre el cielo", supongo que ya lo leíste.

—Sí, Racer H, me encantó ese libro. Gracias por recomendármelo. Y gracias por este hermoso detalle, las flores están preciosas... —dijo al tiempo que sus ojos se humedecían.

—Nada de llorar —le pedí—. Además no es a mí a quien debes agradecer sino a todas las personas que te enviaron las flores. Cada maceta tiene una tarjeta con un correo, te he traído un teléfono con conexión a Internet para que puedas escribirles, así tendrás algo interesante que hacer cuando yo no esté cerca y...

En eso sonó mi teléfono, estuve tentado a no contestar, pero observé en la pantalla el nombre de Clara llamando con insistencia. Respondí, me dijo que era una emergencia, que debía encontrarme con ella cuanto antes. Así que me disculpé con Susana por dejarla sola, malhumorado por tener que irme, y salí a toda prisa del hospital.

Me dirigí lo más rápido que pude a la dirección que me había dado Clara. Al llegar a un viejo edificio, la divisé, esperándome al final del pasillo de la planta baja. No me saludó y me llevó a uno de los departamentos del segundo piso.

—Ya dime que ocurre —le supliqué.

—Es James, el amigo de Susana, ¿lo recuerdas? Regresó de París hace pocos días. Me llamó esta mañana y me dijo un montón de cosas raras. Vine aquí y lo encontré en el baño, creo que intentó suicidarse, y está muy grave. No se cuántas pastillas mezcladas con alcohol se habrá tomado, pero sigue inconsciente. Hay botellas vacías por todo el suelo. Me acerqué para examinar sus signos vitales, respiraba con dificultad y tenía muy mal aspecto.

—Debemos llevarlo al hospital ahora mismo. Llamaré una ambulancia.

—No Racer, si lo llevamos a emergencias, Susana se enterará, y será un golpe muy duro para ella. James será catalogado como suicida y alcohólico.

—Si se muere por no llevarlo, será peor, se ve bastante mal.

—He hablado con el Dr. Dylan, nos ayudará, y además mantendrá el secreto. Pero está haciendo montañismo fuera de la ciudad. Es lejos, no se si llegaremos a tiempo.

—¿Tienes permiso de conducir? —le pregunté, y Clara afirmó con la cabeza.

—Bien, entonces alquilaremos un coche, tú conducirás mientras yo vigilo a James. De prisa, ¡vamos!

Mientras nos dirigíamos al encuentro del Dr. Dylan, crecía mi indignación, no podía creer que James se hubiera intentado suicidar sabiendo lo mucho que significaba para Susana.

—Este James es un completo idiota, ¿por qué haría algo tan tonto?

—No hables mal de él, ha tenido una vida complicada. Te contaré su historia, pero debes mantener el secreto. ¿Lo prometes?

—Sí —le prometí malhumorado.

—Bien, James...

Clara empezó a relatarme los motivos que llevaron a James a ese estado tan lamentable. Me habló de su infancia...

Cuando James tenía tan sólo 7 años, su hermana mayor, cada vez que sus padres salían, llevaba a casa a su novio, un chico de mal carácter que la golpeaba con frecuencia. La abofeteaba a la más mínima oportunidad y luego le pedía perdón; y la chica le perdonaba. Casi siempre discutían, luego se arreglaban, se besaban y se peleaban de nuevo. Nunca se molestaron por James, le habían hecho prometer, bajo amenaza de golpearlo a él también, que no les diría nada a sus padres.

Por lo general lo mandaban a su habitación y desde allí el pequeño tan sólo podía esperar que se fuera el chico o que regresaran sus padres. Un día la discusión fue más fuerte que de costumbre y James vio por la cerradura como el novio de su hermana la empujaba muy fuerte haciéndola caer al piso, pudo ver como la chica se había golpeado en la cabeza. James quiso salir a ayudarla pero la puerta estaba cerrada por fuera y no podía abrirla. Vio con terror que el chico se marchaba y dejaba a su hermana allí inmóvil. La llamó a gritos e intentó con todas sus fuerzas destrabar la cerradura, pero era en vano. No tenía teléfono para llamar a sus padres, así que se asomó a la ventana y empezó a gritar a los vecinos que parecían no estar en casa. Gritó por más de diez minutos hasta que por la calle pasó un compañero del trabajo de su padre, quien finalmente llamó a urgencias. Cuando llegaron los paramédicos la chica ya había fallecido. Desde entonces James se ha culpado por no haberle contado nada a sus padres, por no haber podido ayudarla.

—Hoy su hermana cumpliría 35 años —explicó Clara—. Tal vez por eso intentó suicidarse. ¿Lo entiendes ahora?

Mientras viajábamos en el auto por la autopista, estuve un rato reflexionando, en silencio, sobre lo que me había contado Clara.

Comprendí que había juzgado mal a James desde el principio. En cierta forma, éramos muy parecidos, ambos habíamos perdido a un ser querido durante nuestra infancia. Sabía lo duro que era recordar y extrañar a mi hermano el día de su cumpleaños, en las fiestas, navidad... Podía entenderlo. Cuando el dolor se hacía insoportable el abuelo me traía papel y lápiz y me pedía que le escribiera una carta a Lorenzo, que le contara cómo iba mi vida, que le dijera todo lo que quisiera. Luego doblaba la carta en dos y le prendía fuego hasta convertirla en cenizas. El abuelo aseguraba que las cenizas viajarían hasta Lorenzo y le llevarían mis palabras. Era una buena terapia para sobrellevar su ausencia.

Es asombroso como las personas de pronto vemos lo mucho que nos parecemos a otras que creemos que no nos gustan. Yo había vivido toda

mi vida con temor, y James había vivido la suya con remordimientos, sintiéndose culpable por algo que no había podido evitar. En ese momento deseé que James pudiera hallar el camino de regreso a la vida y al amor; no sólo porque era amigo de Susana, sino también porque era un joven que necesitaba redimirse y seguir adelante.

Todos cometemos errores, todos vivimos momentos que nos gustaría olvidar, momentos que nos gustaría cambiar. Hay personas que encontramos en el camino, que nos enseñan a amar, y ese amor se convierte en nuestra tabla de salvación, nuestra redención. Eso había sido Susana para mí, eso significaba el amor. Nunca habría podido recorrer yo solo el camino hacia la recuperación. El amor es, sin duda, una poderosa fuente curativa.

Gracias a ella he vuelto a sonreír, mis sentidos se han acostumbrando a ella. Cada vez que la tengo cerca, mi corazón empieza a danzar con fuerza dentro de mi pecho, es inevitable. Presiento que mi corazón siempre latirá por ella, y así será mientras respire, porque la amo... la he amado desde la primera vez que la vi.

Capítulo 12

SEGUNDA PARTE

Una chica que ama los colores

Capítulo 12

Pediatría

"Los momentos más difíciles de la vida de una persona se dan cuando está creciendo. Si puedo superar esto, un mañana maravilloso me estará esperando. Una mañana tranquila, llena de luz..." Aya Kitou. «Un litro de lágrimas»

La primera vez que lo vi estaba sentado en una silla de ruedas, justo en la entrada de la sala de espera del piso 4 del hospital oncológico. Estaba en la puerta intentando, en vano, no hacer ruido. Me miraba insistentemente, mientras yo fingía leer un libro. Esos días me costaba conciliar el sueño, así que me quedaba despierta hasta muy tarde. Esa noche en particular, había salido de mi habitación buscando entre los pasillos del hospital un lugar adecuado para leer, encontrando aquella sala de espera, vacía y cálida.

Cuando por fin me decidí a observar al chico de la silla de ruedas, nuestras miradas se encontraron por un momento. Recuerdo que parecía asombrado al verme, y que dio media vuelta, desapareciendo sin decir ni una palabra.

Yo sabía quien era, porque las enfermeras hablaban constantemente sobre él: el hijo del director del hospital. Un chico que ama las carreras. Su nombre: Andrés Villanueva, pero todos sus conocidos lo llamaban "Racer Boy".

La siguiente vez que lo vi, fue un 12 de mayo, día mundial de la enfermería. Paseaba por los pasillos del hospital en su silla "turbo", disfrazado como el famoso pirata Jack Sparrow, regalando rosas a las enfermeras en su día. Ese día sonreí. Necesitaba alegría en mi vida. Dicen que la risa puede ayudar a los pacientes con cáncer, en realidad afirman que es un buen remedio para un montón de afecciones de la salud. La Quimioterapia que me aplicaban para contrarrestar mi enfermedad, tenía efectos secundarios muy fuertes que me hacían sentir muy mal, por lo que estaba casi siempre triste o decaída. "Racer Boy" fue para mi una tabla de salvación en medio de un océano de medicamentos y dolor.

Los días que siguieron nos vimos a menudo, hablamos de libros y películas. Sobre los personajes que más nos gustaban. Incluso dimos un paseo en su silla de ruedas, y acabamos rodando por el suelo. Por esa época "Racer" era muy atractivo. Su cabello castaño estaba, casi siempre, un poco despeinado y su sonrisa era perfecta, de un blanco inmaculado,

digno de comercial de dentrífico.

A "Racer" le gustaba sorprenderme, un día incluso tiñó su cabello de rojo sólo porque le dije que mi personaje favorito de la saga de Harry Potter era Ronald Wesley. Lo que más me gustaba de él era su valentía. A pesar de los traumas de su infancia logró vencer sus miedos y volver a caminar.

Un tiempo después, desperté a las siete y media, cuando los doctores residentes ya hacían sus rondas por el hospital. La enfermera Elizabeth me trajo el desayuno y me acompañó un rato. Se abrió paso entre las docenas de flores que me había traído Racer y se sentó cerca de mi cama.

—¿Dónde están Racer y Clara? —pregunté intrigada.

—Clara se marchó temprano por una emergencia. Y creo que Racer fue a ayudarla. Me pidió que te cuidara bien hasta que regrese —contestó Elizabeth con esa amplia sonrisa que la convertía en una de mis enfermeras favoritas.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó bajando la voz.

—La verdad... no muy bien. Estoy bastante débil estos días, cada vez pierdo más fuerza. Los doctores decidieron detener la quimioterapia por un tiempo, por eso me está creciendo un poco el cabello. Los resultados de los últimos exámenes estarán listos pronto —le contesté.

Luego me armé de valor y le confesé lo siguiente:

—Intento hacerme la fuerte para que todos crean que estoy mejor. Lo hago por mis padres, ya han sufrido mucho por mi causa. A mi madre siempre le ha gustado mucho arreglarme el cabello. Se enorgullecía de los peinados y trenzas que me hacía para ir a clases. Cuando se me empezó a caer el cabello, debido a la primera quimioterapia que recibí, lloré por dos días. Luego no dijo ni una sola palabra al respecto. Al contrario, tomó unas tijeras, cortó su larga melena, y me hizo mi primera peluca. De eso hace ya más de un año.

Me levanté de la cama despacio, estirándome un poco, al tiempo que seguía hablando con Elizabeth.

—Extraño mis primeros años de bachillerato, las clases de educación física, de música, ballet y teatro, recuerdo la emoción que sentí el día que me pidieron que representara a Elizabeth Bennet, la protagonista de Orgullo y Prejuicio, en la obra que se realizó para cerrar el año escolar. Recuerdo mi primer baile y lo nerviosa que estaba. Me pregunto cuándo podré volver a asistir a un evento como ese. También añoro ir al cine con mi padre. Pero todas esas cosas han quedado atrás. Ahora tengo una nueva vida, nuevos amigos como Racer.

—Racer es un chico admirable —asintió Elizabeth.

—Así es, acaba de recuperar su movilidad, y hay tantas cosas que nunca ha podido hacer, cosas que estoy segura que le encantarán, como manejar bicicleta o patineta. En cuanto volvió a caminar, recuperando su movilidad, su abuelo le dio el Porsche, lo primero que hizo fue preguntar si podía venderlo. Con el dinero de la venta, está patrocinando un grupo

de estudiantes de medicina que intentan demostrar que ciertas sustancias de algunas plantas y frutas pueden resultar beneficiosas en el tratamiento del cáncer, sin provocar los efectos secundarios de los medicamentos convencionales. Es una investigación que busca encontrar una alternativa natural a la quimioterapia, para hacer más llevadero el tratamiento de los pacientes oncológicos. En eso ocupa su tiempo, ¿no es asombroso? Mira todas las cosas que hace por mí... No quiero imaginar lo que hará si sabe que tal vez yo... si no se logra el trasplante y...

No pude continuar, los ojos se me llenaron de lágrimas. No me gustaba llorar, pero ese día estaba demasiado sensible.

—No llores Susy, todo va a estar bien. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—me preguntó Elizabeth, rodeándome con sus brazos para darme un abrazo.

—Sí —le contesté secándome el rostro con las manos—. ¿Podrías conseguir el libro: "Gritando por amor en el centro del mundo" de Kyoichi Katayama, y dárselo a Andrés si algo me pasa? Es una historia de amor entre un joven estudiante, Matsumoto Sakutaro y su compañera Hirose Aki, una chica a la que le diagnosticaron Leucemia. Es una novela conmovedora y le servirá de consuelo.

—Por supuesto linda, lo buscaré. Pero nada malo va a pasarte. Seamos optimistas, ¿quieres? Por cierto, ayer vi a tu amigo James, vino a visitarte pero estabas dormida. Nunca me has contado cómo lo conociste.

—Oh, James. Lo conocí en el último año de primaria... era el primer día de clases y me había retrasado. Estaba tan apurada que al llegar a la entrada de la escuela resbalé y caí. En ese momento sentí un par de brazos que intentaban levantarme, y entonces lo vi. Quedé fascinada y lo saludé con un tímido: "Hola". Pero no me contestó, no dijo nada, sólo hizo una especie de gruñido. Le di las gracias y se marchó. Desde ese día me esperó todas las mañanas en la puerta del colegio para asegurarse de que llegara bien a clases. Al cabo de dos semanas le empecé a llevar comida para el desayuno, nos volvimos buenos amigos. Gracias a él aprendí a extraer tintas naturales de frutas y vegetales, como remolacha y uvas. Tintas que luego él usa para tatuarme de forma temporal sin poner en riesgo mi salud.

—Es una bonita historia —afirmó Elizabeth, al tiempo que medía mis signos vitales: presión arterial, temperatura. Al terminar colocó un paquete sobre mi cama.

—¿Qué es eso? —le pregunté mientras lo miraba curiosa.

—Un regalo. Reuní algo de dinero y la he mandado a hacer a tu medida. Creo que te irá bien para el evento de esta tarde. Recuerda que hoy es el "Día del Niño" y habrá celebración en el área de pediatría. Les daremos obsequios a los chicos con cáncer y vendrán también los hijos del personal médico y administrativo; y algunos artistas famosos. ¡Vamos ábrelo!

Al abrir el paquete saqué una bata de hospital, le habían bordado, a todo lo largo de las mangas, diminutos corazones y mariposas de diversos

colores que combinaban a la perfección. Se veía estupenda. Me la medí de inmediato, me quedaba genial. Sonreí al imaginar a James, poniendo los ojos en blanco y diciendo que era demasiado "cursi".

—Gracias Eli.... —dije emocionada—. Es un gran gesto de tu parte. Me están acostumbrando con tantas atenciones —le sonreí y nos dimos otro breve abrazo.

Luego, observé algo debajo de mi almohada, me acerqué y tomé una hoja de papel doblada por la mitad; al abrirla me encontré con una nota de Racer.

—Mejor me voy para que puedas leerla con calma —dijo Elizabeth—. Recuerda bajar a Pediatría hacia el mediodía para que pases un rato con los niños.

La enfermera se fue, y me quedé sentada en la cama con la nota de Racer en las manos. Al abrirla, me encontré con una sola frase, la adaptación de la letra de una canción:

"No existe manual para ser feliz, debes escribirlo tú"

Cerré los ojos por un momento, intentando imaginar a Racer, escribiéndola. En aquel instante, supe lo importante que serían esas palabras en mi vida. Luego me quedé dormida.

Cuando desperté ya eran las tres de la tarde, me puse los zapatos y salí de la habitación rumbo al área de pediatría donde se desarrollaría la fiesta. Ya estaría por terminar, pero tal vez quedaría algo de postre, así que me di prisa pensando en un delicioso helado de chocolate.

Al llegar a la planta baja, me detuve en seco. Había una gran confusión y mucho ruido. Docenas de niños inquietos que esperaban en una larga fila en dirección a la sala de emergencias. Unos lloraban, otros saltaban, algunos buscaban a sus padres en medio del desorden reinante. Una enfermera de immaculado uniforme blanco, pasó a toda velocidad por mi lado tropezándose conmigo.

—¿Qué está pasando? —le pregunté antes que se perdiera de vista.

Se detuvo por un momento para informarme lo que ocurría:

—Son los niños, comieron algo que les produjo una reacción alérgica. ¡Esto es un desastre! ¡Justo el Día del Niño! Parece que sólo están afectados los que tienen cáncer, pero debemos chequearlos a todos con rapidez.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté deseando obtener una respuesta afirmativa.

—¿Podrías entretener un rato a los niños que no están afectados?

—preguntó, y asentí con la cabeza—. Todos los médicos y enfermeras estamos ocupados con los niños intoxicados.

Entonces, me dirigí con rapidez a la fila de niños y tomé de la mano a un par de chiquillas que parecían estar bien. Las llevé a la sala de espera a la

que solía ir a leer. Fui por más pequeños y al cabo de un rato tenía una docena de niños a mi cargo. Allí los entretuve lo mejor que pude con canciones y juegos improvisados. Hacía mi mejor esfuerzo por no parecer débil, en cierta forma los niños me contagiaban su energía. Por un momento me quedé mirándolos, preguntándome cómo sería tener hijos y si algún día lograría casarme y tener una familia normal.

Al poco tiempo miré hacia la puerta y vi a una pequeña que se asomaba con cautela.

—Ven —le dije con suavidad y corrió hacia mí. Vestía un pijama del hospital y su cabecita no tenía cabello, por lo que supuse enseguida que era paciente de pediatría oncológica—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Sara —contestó con suavidad.

—¿Cómo te sientes pequeña?

—Ahora estoy mejor, me dieron medicina —contestó mirándome con atención y mostrándome en sus brazos las marcas de las inyecciones—. Bonito cabello.

—Gracias, pero no es cabello real —le dije—. ¿Quieres saber un secreto? Asintió, acercándose aún más a mí.

—Yo tampoco tengo cabello, porque al igual que tú, también tengo cáncer.

—Pero te ves muy bonita —dijo al tiempo que me daba un abrazo.

—Tú también te ves preciosa nena —le contesté dándole un suave beso en la frente.

Los otros niños que estaban en la sala, hijos del personal administrativo, nos estaban observando con curiosidad. Era la primera vez que tenían contacto directo con personas con cáncer.

—Bien, ¿quieren ver cómo soy en realidad? —les pregunté. Todos asintieron y entonces me quité la peluca. Mi cabello estaba realmente muy corto, algunos niños se sorprendieron, incluso querían tocarme la cabeza. En eso llegaron un par de enfermeras anunciando que todo estaba volviendo a la normalidad. Tan sólo faltaba chequear a los niños de la sala, entonces se los llevaron, y me quedé allí saboreando el momento que habíamos compartido juntos.

De pronto, me doy cuenta de que estoy sola. Recorro la sala con la mirada, la siento tan vacía y fría sin Racer. Me he ido acostumbrando a estar con él, al tiempo que pasamos juntos. Su ausencia me desanima, anhelo su mirada triste, su sonrisa perfecta, su cabello despeinado, su independencia, su carácter amable... Han pasado sólo unas horas desde que se fue, pero lo extraño. Me pregunto dónde estará y cuándo volverá. Ahora que puede caminar presiento que vendrá cada vez menos al hospital.

Decidí regresar a mi habitación, pensando en encontrar algo que hacer para pasar el tiempo. Salí al pasillo y me puse a observar la actividad del hospital. Las puertas del ascensor se abrieron de golpe, dejándome ver a

los doctores de bata blanca que se dirigían a las consultas, a los de bata verde que iban hacia los quirófanos; a las enfermeras llevando los medicamentos e historias clínicas de un lugar a otro, y a los familiares de los pacientes con expresiones de dolor y cansancio en sus rostros.

También vi a un chico algo extraño, pálido y delgado, un poco inquietante. Reconocí a "Joe", el paciente de psiquiatría que Racer había visto varias veces rondando cerca de mi habitación. Me estremecí al verlo salir del ascensor y dirigirse lentamente hacia mí. Nadie lo advirtió, nadie lo detuvo, se fue acercando cada vez más. Traía en su mano derecha una navaja. Al darse cuenta de que reparé en el arma, me sonrió de forma maliciosa. Con voz pausada y firme amenazó con cortarme el cuello si no hacía lo que me decía. Colocó un dedo sobre sus labios para advertirme que no gritara, me pidió que entrara en mi habitación. Entonces pude percibir un ligero temblor en su voz.

Entró tras de mí, cerrando la puerta. Luego me ordenó que me sentara en la cama, obedecí sin dejar de mirar la navaja, que él movía como si fuera la espada de D'Artagnan en pleno duelo de esgrima; entretanto tomó una silla y se sentó justo frente a mí.

—Hace tiempo que quería hablar contigo —dijo por fin—. Disculpa mi forma ruda de presentarme, pero comprenderás que no puedo permitir que me impidan esta conversación. Ya no más. Es algo urgente, lo he pospuesto mucho tiempo y no lo soporto un minuto más. Lo que pasa es que... Hay fantasmas que rondan el hospital, fantasmas de los pacientes que han muerto, bien sea por metástasis o por no soportar las cirugías... Uno de ellos, se ha instalado en mi habitación, es un chico que murió por cáncer de estómago. No me deja en paz, me sigue a todos lados, creo que hoy he logrado burlarlo, o tal vez le teme a las navajas, lo cierto es que necesito que hables con él y le pidas que me deje en paz.

—¿Que hable con quién? ¿Yo? ¿Cómo podría hablar con un fantasma? —pregunté estupefacta.

—Sí, debes ser tú. Sólo los ángeles pueden comunicarse con los muertos, y tú eres la persona más angelical que he visto en mi vida -dijo con una convicción que me dejó helada. Me estaba pidiendo ayuda, ese chico creía firmemente que yo podía ayudarlo.

—Está bien —le dije—. Vamos a ver a ese fantasma. Guarda la navaja, los muertos no le temen a ese tipo de armas. Seguramente se asustarían más con tus pasos de esgrima —bromeé. Joe sonrió, guardando la afilada navaja debajo de la manga de su camisa, también dejó de agitarse, relajándose un poco.

Fuimos directo a su habitación, allí había todo tipo de amuletos de buena suerte, talismanes y reliquias que se suponía que espantaban a los espíritus. Su cama estaba muy bien tendida, impecable.

Puse todo de mi parte para hablar con el "fantasma" aunque no lo veía. Le pedí que dejara en paz a Joe. El chico parecía satisfecho con mis palabras,

en su rostro se reflejó alivio y cambió su actitud de agresiva. Me despedí con un gesto de la mano y Joe no dijo nada, se quedó sentado en posición de loto, mientras me marchaba. Sentí pena por él y me dije que lo invitaría a subir a la terraza cuando Racer volviera, nos haríamos amigos.

Nunca le devolví la navaja, la guardé en el fondo de mi maleta y me olvidé de ella. Tampoco le dije a nadie que la tenía, ni acusé a Joe. Los psiquiatras que lo trataban advirtieron una mejoría repentina en su salud mental. Los estudios clínicos demostraron que era inofensivo y que la medicación estaba surtiendo efecto. Su depresión desapareció tal como había venido.

Hablar conmigo fue su mejor intento por socializar. A veces todo lo que necesitamos es a alguien que nos escuche y preste atención a nuestros problemas. Alguien que nos haga sentir importantes y valiosos.

Capítulo 13

Capítulo 13 Clara

"No se trabaja de enfermera, se ES enfermera" Gisela Pou, «La voz invisible»

La noticia fue demasiado dolorosa... mi madre y el padre de Racer entraron en la habitación para anunciarme que mis amigos habían tenido un accidente: James, Clara y Racer iban en auto hasta Valencia cuando fueron desviados de su canal por un camión cuyo conductor estaba ebrio. En ese momento no tenían más detalles sobre su estado de salud; sólo sabían que estaban heridos, que fueron trasladados hasta un centro asistencial, y que pasaría un tiempo hasta que tuviéramos más información.

Los minutos empezaron a transcurrir en cámara lenta. Llamaba a Racer, y le enviaba mensajes de texto, aunque sabía que no podía contestarme. Su teléfono estaba apagado y la operadora repetía, con su voz electrónica, que el número al que llamaba "no podía ser localizado". Sólo tuve alivio cuando al fin nos enteramos que estaban fuera de peligro. Regresaron unos cuantos días después, los trajeron en ambulancia desde el Hospital Central.

Los visité tan pronto como me lo permitieron. Lloré al lado de Racer y James.

—Hola Racer —le dije apenas entré en su habitación.

—Hola preciosa —fue lo primero que dijo al verme— Te extrañé tanto. Me acerqué a él y nos quedamos mirando por un momento. Mis ojos se llenaron de lágrimas y no hizo falta decir nada. Nos comprendíamos sin palabras. Tal Como lo decía Bob Marley: "A veces el silencio es nuestro grito más fuerte". Tomé sus manos entre las mías y le di un beso en la frente.

Lo que más recuerdo de esos días fue mi conversación con Clara. Me contó toda su experiencia con lujo de detalles. Más de una vez creyó escuchar la voz de James llamándola: «¡Despierta Clara!» Lo escuchaba con nitidez, a pesar de estar en medio de una oscuridad envolvente que se cernía sobre ella con sus frías garras, una oscuridad que la sofocaba haciéndole perder el conocimiento. Cuando abría los ojos, se sentía confundida y aterrada. Seguía preguntando por los chicos, pero nadie le respondía dónde estaban.

Médicos y enfermeras se aglomeraban a su alrededor, escuchaba frases que buscaban tranquilizarla, sin éxito. Le decían que todo iba a estar bien,

mientras preparaban antibióticos, anestesia y otras sustancias. Clara escuchaba otros sonidos y pitidos que le resultaban familiares, también imaginaba las luces rojas y azules, provenientes de los monitores que medían sus signos vitales. Entonces recordó el motivo por el cual se encontraba en un quirófano: el accidente.

Clara conducía el auto que Andrés había rentado para llevar a James con el Dr. Dylan. James había intentado suicidarse tomando una dosis excesiva de medicamentos y debían salvarlo a toda costa, sin llevarlo a urgencias para evitar que yo me enterara, en cierta forma me sentí culpable por eso.

Más de la mitad del trayecto transcurrió sin contratiempos. Andrés iba en el asiento trasero cuidando de James, que seguía inconsciente. Clara le contó a Andrés sobre el pasado de James, y luego estuvieron un rato escuchando música, la emisora de radio transmitía un especial de la banda mexicana Maná. Mientras conducía así por la autopista, recordó un pasaje de la novela: "Las ventajas de ser invisible", de Stephen Chbosky. En ese momento también "eran infinitos".

De pronto, un camión les golpeó sin previo aviso, sacándolos de la vía; el auto se volteó y quedó en la cuneta lateral. El airbag se había activado por lo que Clara no resultó herida de gravedad. Se quitó el cinturón de seguridad y salió por la ventana. Se dirigió a la parte posterior del auto preguntándoles a los chicos cómo estaban. El rostro de Andrés reflejaba mucho dolor, su pierna había quedado atrapada en el asiento y no lograba salir. Le pidió que sacara a James primero. Clara introdujo sus brazos a través de la ventana, y vio mucho humo saliendo de la parte delantera del coche... se estaba empezando a incendiar y las autoridades no llegaban. Tenía que darse prisa.

Le pidió a Andrés que le ayudara a empujar a James a través de la ventana, a duras penas logró sacarlo antes que el humo y el calor de las primeras llamas empezaran a asfixiarlos. Dejó a James a una distancia prudencial, bajo un árbol, y regresó por Andrés. Al cuarto intento lo logró. Se detuvo sólo un instante para descansar un momento y entonces notó con terror como las llamas envolvían el coche en su totalidad. Tomó a Andrés, que tenía la pierna rota, y lo arrastró un par de metros, hasta que un dolor punzante en el abdomen le impidió continuar. Se dio cuenta que tenía la ropa empapada en sangre, se palpó con cuidado y entonces descubrió el trozo de vidrio que tenía incrustado en un costado. Escuchó a lo lejos el sonido de la sirena de la ambulancia que se acercaba y fue entonces cuando perdió el conocimiento.

La operación duró más de 3 horas. Le realizaron un procedimiento quirúrgico para extraer el cristal que por suerte no había atravesado ninguno de sus órganos vitales. A James le practicaron un lavado de estómago para limpiar su organismo. Una semana después de la

operación, estaban como nuevos y los trasladaron de vuelta al hospital oncológico.

—Sin tu ayuda, Racer y James no estarían hoy con nosotros —le dije—
¡Siempre te agradeceré por haberles salvado la vida!

—Descuida— Si volviera a ocurrir algo similar, los salvaría de nuevo.

Dicen que todo sucede por una razón, así que decidí pensar que el accidente fue cosa del destino, al menos eso quería creer para mitigar la conciencia y no sentirme un poco culpable de lo sucedido.

Un James renovado y alegre se empeñó en traernos todo tipo de chocolates y recortes de los diarios en los que apareció la noticia: "Enfermera salva la vida de dos chicos tras accidente de auto". Decían que Clara era una "heroína", y le hacían entrevistas en revistas y blogs. La cantidad de seguidores que tenía en las redes sociales se triplicó y recibió muchos mensajes de apoyo de todas partes del mundo. Muchas empresas le enviaron propuestas para ser la modelo de sus productos.

Andrés, que caminaba con dificultad debido a los vendajes de su pierna derecha, se reía y comentaba que por fin todos se habían dado cuenta de lo que él había afirmado tantas veces en el pasado, que Clara es una "súper enfermera".

Capítulo 14

Capítulo 14 Viviendo al máximo

"Acabo de despertar y he descubierto que soy más fuerte y capaz de lo que creía. Me he sorprendido a mí misma y tengo la extraña sensación de que no será la única sorpresa" Javier Muniz, «La Chica del zapato azul»

Al cabo de dos semanas el Dr. Villanueva se reunió con mis padres para darles la buena noticia de que habían encontrado un donante compatible. En ese momento renací. A menos que se efectuara un trasplante de médula ósea, las posibilidades de curación eran nulas, pero ahora el trasplante era viable y podría sanar.

La búsqueda de un donante no es tarea fácil. Existen miles de distintas combinaciones de posibles tipos de tejido HLA. Por eso puede ser difícil encontrar un donante perfectamente compatible. Los antígenos HLA son heredados de ambos padres. La búsqueda del donante por lo general comienza con los hermanos(as). La probabilidad de que algún hermano presente una compatibilidad perfecta es de 1 en 4.

Si no se consigue una buena compatibilidad con un hermano, la búsqueda entonces continúa con otros familiares: padres, medios hermanos y familia lejana como tías, tíos o primos. Si no se encuentra ningún familiar sanguíneo con una compatibilidad cercana, el equipo especializado en trasplantes extiende la búsqueda a la población general.

Aunque parezca difícil, es posible encontrar una persona extraña que sea altamente compatible. La mejor compatibilidad ocurre cuando todos los seis antígenos HLA principales y conocidos son iguales (una compatibilidad 6 de 6). Las personas con estas compatibilidades tienen una probabilidad menor de padecer enfermedad de injerto contra huésped, rechazo de injerto, presentar un sistema inmunológico debilitado y contraer infecciones graves.

Sin embargo, para los trasplantes de células madre de médula ósea y de sangre periférica, a veces se usa un donante con un solo antígeno que no es compatible, logrando buenos resultados. Mi donante, que no era otro que James, mi mejor amigo, había pasado las pruebas y se determinó que su compatibilidad era 5 de 6.

—Nos arriesgaremos —dijo el Dr. Villanueva, en compañía del Dr. Dylan, que estaba totalmente de acuerdo—. ¡Realizaremos ese trasplante!

Durante un tiempo me prepararon para el procedimiento. Me explicaron todo lo relativo al trasplante, así fue como supe que las células madre son las células del organismo que tienen el potencial de convertirse en cualquier tipo de célula. Las que se transforman en células sanguíneas son llamadas "células madre hematopoyéticas". Estas células tienen la capacidad de transformarse en: glóbulos rojos, glóbulos blancos y plaquetas.

La médula ósea es el tejido graso y blando que se encuentra dentro de los huesos. Un trasplante de médula ósea es un procedimiento que se realiza para reemplazar la médula dañada por células madre de médula ósea sana, lo que permite regenerar las provisiones de células hematopoyéticas sanas en el organismo.

El trasplante que yo necesitaba era un "Alotrasplante" El término alo quiere decir "ajeno". Significa que las células madre serán extraídas de otra persona, en este caso James, quien es compatible en términos genéticos y se convertirá en el "donante".

A veces, a pesar de que el donante es perfectamente compatible, el trasplante podría no funcionar. Otras veces, las células del donante pueden empezar a fabricar células inmunitarias que atacan el cuerpo del receptor. El sistema inmunitario juega un papel importante en el éxito del trasplante, por lo que es necesario que se realice quimioterapia y radiación con anterioridad.

Durante el procedimiento me inyectaron las células madre en el torrente sanguíneo a través de una sonda llamada catéter venoso central. Es un proceso similar a recibir una transfusión de sangre.

Lo percibí desde que abrí los ojos, el trasplante había sido un éxito. Podía verlo en el rostro de los doctores y enfermeras que entraban y salían de la UCI, (unidad de cuidados intensivos). Giré un poco el rostro a la izquierda y a través del cristal la ventana pude verlo: Racer me saludaba con la mano y sonreía.

Su sonrisa era una promesa: nos esperaban buenos tiempos. Comprendí que todo dependía de nosotros mismos, de nuestra actitud ante la vida, de nuestras ganas de luchar. En ese momento recordé la nota que había dejado debajo de mi almohada:

"No existe un manual para ser feliz, debes escribirlo tú"

Un par de semanas después me dieron el alta, estaba lista para dejar el hospital por primera vez en mucho tiempo. Aún pasarían 6 meses o más para que mi conteo sanguíneo y mi sistema inmunitario se recuperaran totalmente. Durante ese tiempo, el riesgo de infecciones, sangrado y problemas cutáneos era más alto. Mi cuerpo estaba débil, y debía cuidarme para no contraer infecciones hasta un año después del

trasplante. También convenía que me protegiera del sol, usando sombreros y bloqueadores solares con factor de protección número 30 o más alto.

Aún así estaba nerviosa y ansiosa por dejar el hospital. Tendría que seguir tomando la medicación para evitar un rechazo de la médula trasplantada, pero poco a poco podría volver a tener una vida normal. Mi padre consiguió una casa relativamente cerca del hospital, allí nos instalamos temporalmente. De nuestro antiguo departamento no quedaba nada. El edificio, la librería y la panadería ya no existían. En su lugar se erigía un moderno Centro Comercial cuya fachada de cristal me impresionó sobremanera.

El primer día de mayo llenó el ambiente con un exquisito aroma a flores. Lo primero que hice esa mañana de primavera fue escaparme con Racer, fuimos a dar una vuelta en su motocicleta. La ciudad fluía como un río de agua viva ante nuestros ojos, cambiando y transformándose en cada calle.

Mientras recorríamos las vías, dejé que la brisa despeinara mi cabello castaño, que llevaba largo hasta los hombros. Me gustaba tenerlo ligeramente largo después de tanto tiempo. Por un instante recordé una escena de la película francesa "Amélie", una de mis favoritas de todos los tiempos: Nino Quincampoix y Amélie Poulain van recorriendo Montmartre en moto. Han superado muchos obstáculos para estar juntos, pero al final lo han conseguido y lo disfrutan. Se les ve en la mirada: están enamorados.

Un año después del trasplante. Racer y yo nos fuimos a vivir juntos a un pequeño departamento en pleno centro de la ciudad. Contábamos con el consentimiento de nuestros padres. Todos decidimos dejar las formalidades para después. Lo primero y más importante era vivir... "vivir al máximo". Esa frase se convirtió en nuestro lema, una especie de saludo que nos repetíamos varias veces al día.

Hoy en día le doy gracias a Dios por todo lo bueno de mi vida y por las personas que he conocido y que han tanto por mí. Por mis padres, Racer y el Dr. Dylan. También por James y Clara, que se han casado y se han ido a celebrar su luna de miel en un crucero por el Caribe. Y por el abuelo, a quien vamos a ver cada semana, el "mago Villanueva" ha empezado a olvidar las cosas y tememos que sean los primeros síntomas de Alzheimer.

Espero nunca tener que escuchar la palabra "recaída". Dedico mi tiempo libre a visitar orfanatos y hospitales oncológicos. Dibujo murales decorativos para los pacientes. Intento concientizar a las personas sobre la importancia de la donación: al donar sangre y médula ósea, se salvan

vidas y eso es lo más importante. Ese es el mensaje que debemos difundir.

Capítulo 15

EPÍLOGO

5 años después...

Es una fresca mañana de sábado del mes de junio, me dirijo a la universidad con dos horas de anticipación, voy caminando despacio. Me he preparado durante mucho tiempo para este día. Ha empezado a caer una suave llovizna, las personas desprevenidas se dan prisa y buscan refugio en los toldos de las tiendas por departamentos, a ambos lados de la calle, yo por el contrario me detengo justo en medio de la acera y dejo que la lluvia caiga sobre mí, agradeciendo poder sentirla en mi piel, estar viva.

Llamo un taxi y nos enfilamos a la universidad, cuando llegamos observo que los autos se aglomeran en la entrada del estacionamiento. La ceremonia de graduación comenzará a las diez en punto. Todo está preparado en el auditorio, los estudiantes buscan sus correspondientes asientos, están vestidos con toga y birrete, como se acostumbra tradicionalmente desde la época medieval en Europa.

Me arreglo la ropa y el peinado que se ha visto un poco afectado por la lluvia. Retoco mi maquillaje y estoy lista para ubicarme en la primera fila y esperar. Cuando por fin mencionan mi nombre: "Susana Fernández", subo a recoger mi diploma. Mientras me dirijo al estrado, escucho una fuerte ovación: son mis compañeros, familiares y amigos apoyándome, me siento feliz, y sonrío al saber que soy una chica afortunada. Busco a Racer con la mirada, lo veo aplaudiendo con fuerza. Nos miramos por un momento y sabemos que lo hemos logrado: hemos vencido.

La leucemia no ha regresado, y mi vida continúa avanzando, cada paso, cada nueva meta cumplida me animan a seguir adelante.

REFLEXIÓN FINAL

Somos un compendio de experiencias: las cosas que hemos vivido, lo que hemos visto, leído o escuchado, las circunstancias que nos rodean, que a veces nos limitan y otras veces nos animan a luchar; pero en el fondo sólo nuestros sentimientos, nuestra voluntad, nuestro deseo de vencer, de avanzar y de sanar, nos mueven en una dirección u otra y nos llevan a tomar ciertas decisiones.

Debemos ser valientes para amar y para ayudar a los demás. Cuando entregamos nuestro corazón, cuando damos, cuando esperamos y velamos por el bienestar de otras personas, nos estamos amando y ayudando a nosotros mismos. El amor es la fuerza más poderosa de la

tierra, una fuerza motivadora que nos salva, nos cura, nos guía.

Esa voz que escuchamos dentro de nosotros animándonos a seguir adelante, a dar lo mejor de nosotros mismos... es el llamado del amor.

Hay instantes que todo lo cambian, el momento en el que una enfermedad grave es diagnosticada, cuando vemos por primera vez a alguien que nos impresiona, cuando alguien a quien amamos se va para siempre. No podemos explicarlo, pero podemos sentirlo: algo dentro de nosotros cambia, no sabemos lo que pasará en el futuro, pero entendemos que ya nada será igual, y la forma en la que afrontemos esos momentos determina nuestro futuro.

Gracias a todos los que han leído esta historia y a todos los que han visitado mi blog:

www.renacimiento-del-romanticismo.blogspot.com